
UNA
Propuesta
DESCARADA
Hilda Rojas Correa
ROMANCE & LETRAS


UNA
Propuesta
DESCARADA
Hilda Rojas Correa
ROMANCE & LETRAS

# Contenido

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Tú no me conoces todavía bien, mi amor. Tú ignoras la profundidad de mi vínculo contigo. Dame tiempo, dámelo, para hacerte un poco

feliz. Tenme paciencia, espera a ver y a oír lo que tú eres para mí.

**Carta de Gabriela Mistral a Doris Dana**

# Uno

## «Que me parta un carruaje»

Londres, sábado 9 de marzo de 1816.

La elección de un esposo era un privilegio que una dama rara vez podía ostentar. Sin embargo, si su mente es aguda y posee un espíritu indomable, podrá torcerle la mano al destino…

Al menos, eso era lo que quería creer Althea cada vez que su madre la presionaba hasta el colapso mental. Esa noche no era diferente.

—Debes ser discreta y recatada cuando lord Durrington se dirija a ti, Althea —instruía Abigail, condesa de Tisbury. Su tono era duro, demandante, al borde de la desesperación—. Y, por favor, no finjas que te has torcido el tobillo o que estás mareada cuando te pida un baile.

Althea miraba subrepticiamente a su alrededor, buscando algún oído indiscreto. Se sentía observada en ese sitio, y no solo por su progenitora. Abigail no había encontrado un mejor lugar para discutir con ella que la enorme terraza de Silverstone Hall, en pleno baile.

Sus intentos por desanimar a lord Durrington pretendían ser sutiles, pero su madre ya los conocía todos. La última gota que derramó el vaso, fue cuando fingió una súbita indigestión.

Abigail le chasqueó los dedos e increpó:

—Préstame atención, Althea, por todos los cielos. Estoy hablando en serio.

La joven dio un respingo y miró a Abigail. Necesitaba que su madre comprendiera, no era fácil lo que pedía, y puntualizó:

—Usted no tiene que olerle el aliento a huevo podrido a ese señor, madre. Es insoportable y no para de hablar.

Abigail no respondió enseguida. Un lado de ella entendía a su hija, pero se encontraban en un punto crítico. Debían ser prácticas, debían sobrevivir. Tía Mimi no viviría para siempre.

—Pues tendrás que soportarlo. Dios santo, todo esto es culpa de tu padre, no debió malcriarte tanto, eres demasiado impulsiva e irreflexiva. Comprende la gravedad de nuestra situación, lord Durrington es el único que mostrado interés en ti… Sé que la diferencia de edad es considerable…

Con tan solo pensar en la «diferencia considerable», a Althea se le desfiguraba la cara, tal como en ese momento.

—Tiene cuarenta y cinco, madre. La diferencia es aterradora. Podría ser mi padre.

—No tienes alternativa, es un marqués y ostenta una muy buena posición. Deberías agradecerlo, es tu segunda temporada y no puedes perder tu oportunidad, o el próximo año te aseguro que no tendrás propuestas de matrimonio, solo recibirás alguna para ser la amante de alguien… Si es que te consideran incluso para ser la querida de un aristócrata. De ti depende que no nos hundamos en la miseria…

Althea cerró los ojos. Su madre tenía razón, se les estaba acabando el tiempo. Vivían con la tía de la condesa, Mimi, la baronesa viuda de Whittlebury. La mujer tenía noventa años y una lucidez que ya quisiera un jovenzuelo de cincuenta. No obstante, Abigail y Althea creían que, de un momento a otro, la tía abuela iba a dar su última exhalación por causas naturales.

Y si eso sucedía, estarían perdidas. Ambas mujeres estaban a la deriva.

Althea, gracias a Mimi, recién pudo debutar a los veintiún años, con la esperanza de lograr un enlace conveniente, incluso a tan avanzada edad. Sin embargo, su dote era una miseria y tampoco ella cumplía con los cánones de belleza imperantes en la sociedad. Demasiado baja, tanto que parecía una niña de trece años, y excesivas curvas en tan poco cuerpo. Y por más que su belleza estribara en sus notables ojos verdes que contrastaban con sus cabellos negros, no resaltaba entre esas beldades espigadas y de porte señorial.

A sus espaldas decían que estaba a un suspiro de parecer una vulgar vendedora de manzanas, solterona, vieja y regordeta.

Althea soltó un suspiro de resinación y claudicó:

—Intentaré no respirar si él me pide un baile.

Abigail sonrió, pero en su expresión se reflejaba la angustia mezclada con el alivio.

—Bien, sabía que podías ser razonable.

Abigail tomó de los hombros a su hija y le besó la mejilla con un punto de desesperación. Althea, envarada, tensó una sonrisa al ver cómo su madre lanzaba una mirada de reojo a la sencilla cadena de plata que colgaba de su cuello. Estaba segura de que le recordaba los tiempos dorados y prósperos, a esas joyas que ya no podían usar. Althea sentía en sus hombros el peso de lo perdido. Todo lo que quedaba era un título inútil, sin futuro y una montaña de deudas que ni la más conveniente alianza podría pagar. Esas mismas deudas que persuadieron a su primo de no tomar el condado, y dejarle esa carga a algún descendiente que quisiera cometer aquella locura en un futuro más que lejano.

Althea suspiró. Necesitaba unos minutos para reunir valor y enfrentar a lord Fetidez.

—Solo deme un ratito para poder ir al… ya sabe… bebí demasiada limonada.

—Está bien… Ten cuidado de no meterte en problemas, últimamente ese estúpido pasquín ha estado pendiente de todo lo que haces. Recuerda, debes ser discreta y modesta, silenciosa y servicial. A los hombres no les gusta a las mujeres llamativas. —Althea puso sus ojos en blanco… para sus adentros. Por fuera mantenía una sonrisa de falsa sumisión—. Mientras tanto,

buscaré a lord Durrington.

Althea asintió. En cuanto lady Tisbury le dio la espalda, la sonrisa se esfumó.

Soltó el aire de los pulmones y su postura se desplomó.

Los ojos de Althea se anegaron en ardientes lágrimas, pero se negó a llorar. Se mordió el dedo índice para que el dolor fuera más fuerte y mitigara la terrible sensación que la abrumaba cada vez que pensaba en la hipotética noche de bodas con lord Durrington. Una letanía frenética invadió su mente: la vida no era más que un juego, debía ganar si quería sobrevivir…

Pero no estaba segura de querer pagar el costo.

Sí, sabía a la perfección lo que pasaba en la noche de bodas. La tía abuela tenía libros picantes escondidos en su biblioteca y los leyó por accidente.

Bueno, ni tan accidente.

Y tan solo imaginar que su vida sería así hasta la muerte, con lord Durrington encima de ella, dentro de ella, con ese hedor envolviéndola… Ahogándola.

Althea se sacudió el escalofrío que la tomó por asalto. Inspiró profundo, llenando sus pulmones con el fresco aire primaveral, y se abanicó la cara con las manos para disipar la humedad de sus ojos.

No sabía qué hacer, y tampoco quería aceptar que no había más alternativas. En el fondo, sentía la absurda esperanza de encontrar algo mejor.

La realidad no colaboraba. Por eso mismo, optaría por ser una ilusa hasta llegar al altar.

—Oh, preferiría casarme con un canalla antes que con un viejo que huele a queso rancio —pensó en voz alta. Alzó su dedo índice—. No pido tanto, un canalla que tenga buen aliento, que sepa administrar su dinero y no me deje arruinada y llena de niños.

De súbito algo en el aire cambió, no era solo el aroma a rosas que inundaba el jardín que circundaba la terraza. Una voz se cernió sobre ella como una sombra, grave y burlona, y rompió el silencio.

—Entonces, cásese conmigo.

Althea conocía esa voz profunda y sedosa, pertenecía al anfitrión del baile, James Cameron, conde de Wexford. Al inicio de la velada, cuando él las recibió junto con la condesa viuda, a ella casi se le salieron una ristra de inapropiados elogios para esa voz.

Le produjo un escalofrío, y no uno de miedo.

Dio media vuelta. Miró hacia arriba.

Alto, tan alto…

Esos ojos oscuros brillaban con un destello guasón, los que contrastaban con la severidad de sus facciones cinceladas en granito.

Contra toda norma social, —en la que un caballero no debía estar a solas con ninguna señorita decente que se precie de tal—, Althea replicó, desenfadada:

—Mire qué propuesta tan descarada. Aunque usted y yo quisiéramos, su madre no lo aprobaría, milord… Para ser más precisa, ella no me aprobaría.

James parpadeó y alzó sus cejas, sorprendido. No esperaba que la dama le siguiera el juego, y menos que le diera esa insolente respuesta. Por lo general, cuando les dirigía la palabra a las jovencitas, ellas apenas levantaban la mirada, balbuceaban alguna excusa y huían como alma que lleva el diablo.

Esa dama, aparte de responderle, puntualizaba una ridiculez del tamaño del coloso de Rodas. Aquella afrenta no debía quedarse sin consecuencias. James entrecerró los ojos, agravó más su voz —si eso era posible— e interpeló, letal:

—¿De dónde sacó semejante estupidez? Mi madre no controla mi vida desde que cumplí doce años.

Althea parecía inmune a ese viril gruñido y repuso:

—Pues todo el mundo piensa lo contrario. —Ladeó su cabeza—. ¿Acaso no ha leído ese pasquín?

La distancia entre las cejas de James se redujo a la más mínima expresión.

—¿De qué pasquín me habla?

—El Susurros de Elite, no hay un alma en Londres que no lo conozca. —Una sonrisa arrogante se asomó en los labios de Althea—: Con todo respeto, pero ¿dónde ha vivido los últimos meses?, ¿debajo de una piedra? —Y alzó una ceja con evidente descaro.

—Estuve en Bilbao, visitando a la familia de mi madre —respondió por pura inercia. James no estaba acostumbrado a que una dama le hablara de esa forma. Menos aún, una que, con una simple oración, lograra desarmarlo y hacerlo sentir como un idiota… Era algo que no pensaba dejar pasar. Decidido a devolver el favor, añadió en español—: Y usted es una pequeña impertinente deslenguada.

Ante esa ristra de palabras ininteligibles, Althea entrecerró sus ojos. Curiosidad e indignación se mezclaron en su voz cuando interrogó:

—¿Cómo dijo?

—Averígüelo… —Althea entreabrió su boca, mas ninguna réplica salió. Lord Wexford inclinó su cabeza hacia un lado—. Cuando llegó al baile con su madre, usted aparentaba ser más comedida y recatada. Debo reconocer que es una muy buena actriz. Ha sido todo un

descubrimiento ver que es una damita impetuosa y mordaz.

Althea sintió que su piel se tiñó de un carmín intenso y explosivo. Dio un pisotón poco femenino y se tapó la cara.

—¡Oh, que me parta un carruaje! ¿Por qué siempre lo arruino? —Se destapó el rostro y miró a James con ojos suplicantes—. No se lo diga a nadie, milord, se lo imploro.

James boqueó como pez. No sabía qué le había quitado el habla, la reacción de la dama, o ese par de ojos grandes que parecían más verdes que hacía cinco segundos.

Parpadeó y encontró su voz para interpelar:

—¿Qué?… ¿Qué cosa arruina?

La intensidad de esa mirada esmeralda se apagó y una triste resignación engalanó su expresión.

—Fingir soy una candidata apropiada… —Compuso una sonrisa afligida—. Si me disculpa, tengo que ir a atrapar un marido que no quiero… y que todos aseguran que necesito.

Althea hizo una reverencia apresurada, y se marchó. Sus pasos repiquetearon e hicieron eco en aquella terraza, dejando a James desconcertado.

Una extraña sensación se instaló en su pecho. Se cruzó de brazos y miró el firmamento cuajado de diminutos diamantes.

Una estrella fugaz dejó su esplendorosa estela.

Mientras la observaba, una sonrisa amarga surcó el rostro de James.

«Deseo que esa dama fracase en su misión», pensó. Le sorprendió que la voz en su cabeza sonara con más ímpetu de lo que se propuso. Había algo en ella que lo irritaba e intrigaba a partes iguales, y más de lo debido.

No quiso imaginar a esa joven enjaulada en un matrimonio infeliz.



# Dos

## «¿Pirata o canalla?»

Susurros de Elite, martes 12 de marzo de 1816.

Queridísimos lectores, el sábado recién pasado se

llevó a cabo el baile ofrecido por el conde de W y, como era de esperar, nos dejó varios susurros interesantes:

El marqués de D ostenta el primer lugar del concurso

organizado por la Asociación de Cirujanos de Londres: «El Peor Aliento del Reino Unido». Le sigue de cerca el aire nauseabundo del río Támesis y el viejo perro de lady E.

Lady A, hija de la condesa de T, es la candidata que

el marqués de D ha elegido para tolerar ese aliento —esperemos que la pobre dama tenga el sentido del olfato muerto—. Ya veremos si esa relación progresa con éxito para el marqués, porque para la dama será una pestilente condena.

En otros susurros, Lady W ya ha transformado en

deporte de alta competición el hacer llorar a las jóvenes debutantes. Pobre de la dama que cometa la gran osadía de elogiar a su hijo, lord W, frente a ella.

Y, a propósito de lord W, dicen que él tiene la afición

de hacer comentarios ofensivos en español, aprovechando la ventaja de que nadie habla ese idioma —lo que confirma, una vez más, que es un canalla de la peor calaña—.

Y hablando de canallas, el señor MM ha expresado en

el salón de juegos de dicho baile, que odia su título de cortesía, y ha manifestado categóricamente que nadie lo use para llamarlo, o lo retará a duelo. Dicen que el grito que dio su abuelo, el antiquísimo duque de H, se escuchó en todo Trafalgar Square.

¿Cuál de estos hechos insignificantes pero divertidos

se transformarán en el escándalo de la temporada? Quién lo sabe. No obstante, estaré más que atenta a seguir estos susurros y más.

Althea gimió, contrita, al leer el infame pasquín, el cual se deslizaba de sus manos temblorosas y caía sobre la mesa salpicada de migas. Con un resoplido cansado se derrumbó en el respaldo de la silla, y se tapó la cara con las manos como si quisiera desaparecer. Mimi la miró de reojo e

indagó:

—¿Volvieron a mencionarte, querida? —Mimi recibió un quejido como toda respuesta—. ¿Fue terrible?

—Ha quedado en evidencia el interés de lord Fetidez por mí.

Mimi le dedicó una mirada llena de desazón. Tantas jóvenes que se perdían por culpa del dinero.

—Oh, pequeña… Ojalá pudiera darles más para que ustedes no tengan que aferrar sus esperanzas a ese caballero.

—Ni siquiera es lo suficientemente viejo como para ilusionarme con un matrimonio breve.

—Piensa en la posibilidad de hacerlo engordar tanto, que después le cueste hasta respirar… —Althea le sonrió, agradeciendo el intento de Mimi por animarla—. A ver, dame ese pasquín, me encantan los cotilleos.

Althea se lo acercó. A decir verdad, a ella también le encantaba, sobre todo por la forma de escribir de su autora.

En el Susurros de Elite no se solían dar los nombres completos de los involucrados, pero no era difícil identificarlos. Lady A era Althea, lord D era Durrington, lady W era la madre del conde de Wexford —por lo tanto, él era lord W—, el señor MM era Michael Martin, el hermano mayor de lady Olivia. Ella fue la única amiga que tuvo la temporada pasada. Desapareció después del funeral de su prometido, todos decían que se fue al campo para llorar a lord Felton.

Esa temporada Althea se sentía muy sola, extrañaba tanto a Olivia, su amiga y confidente. Ambas eran como pan y mantequilla; cuando estaban juntas, las críticas de los demás parecían menos crueles, pero ahora… ahora Olivia había desaparecido, y Londres se sentía más frío e inhóspito que nunca.

Suspiró. Otra vez estaba sola, sin una amiga.

Se enderezó y continuó con su desayuno.

—Althea, querida, adivina qué invitación nos ha llegado —irrumpió la voz cantarina de su madre, quien entraba en el comedor blandiendo unos papeles—. Será un concierto en Pemberton House, ahí tendremos una nueva oportunidad para que te acerques más a lord Durrington. El ambiente será propicio para que él se anime a cortejarte. Los duques de Pemberton harán un dueto de violín y piano. —Suspiró, exagerada—. ¡Qué pareja tan adorable! Mira, aquí está el programa.

Althea lo recibió y lo leyó. El evento se llevaría a cabo en poco menos de dos semanas. Las invitaciones que les llegaban eran cada vez más escasas, por lo que Althea no podía desperdiciar la oportunidad para conocer a más caballeros disponibles. Si tenía suerte, y uno de ellos se fijaba en ella, ya no tendría que soportar los malolientes avances de lord Durrington.

Sin embargo…

—Madre, Pemberton House queda en los límites de Londres, ¿cierto? —Abigail asintió—. ¿En qué nos iremos? ¿Tenemos suficiente dinero para alquilar un carruaje?

Una sonrisa nerviosa y fugaz apareció en los labios de Abigail. Carraspeó y dijo:

—Lord Durrington… —Althea volvió a gemir. Imaginó estar encerrada por tres cuartos de hora en una minúscula cabina, soportando el terrible hedor. Abigail, ignorando a propósito la reacción de su hija, añadió—: Justamente, el marqués y yo conversamos sobre ello el sábado, y nos ofreció llevarnos en su carruaje si recibíamos la invitación.

Althea se mordió la lengua, y en su fuero interno solo replicó: «Madre, si le simpatiza tanto la conversación con lord Fetidez, debería intentar conquistarlo usted».

Sabía que no sacaba nada con decirlo en voz alta. Conocía la respuesta de su madre: «Soy demasiado vieja, y lord Durrington necesita un heredero lo más pronto posible».

Althea conocía a muchas mujeres que, pasado los cuarenta, seguían concibiendo. A su madre le faltaban dos para llegar a esa cifra, aún era hermosa y su piel conservaba la lozanía de la juventud.

Pero era más fácil tirar a su hija como carne de cañón.

Althea intentaba comprender a su madre. Se preguntaba si era consciente del enorme sacrificio que le pedía... Tal vez le bastó con estar una vez casada para no repetir la experiencia… En fin, en lo único que coincidía con Abigail era que, en el mundo que a ellas les tocó vivir, así funcionaban las cosas. Sin embargo, sentía que entregar su vida, su cuerpo y su espíritu por dinero y protección era un precio demasiado alto por el cual pagar.

Pero así era las reglas de ese juego. Althea siempre se cuestionaba si de verdad no había más opciones. Ella se sentía capaz de trabajar, no le veía nada de malo a obtener dinero por sus propios medios, mas su madre siempre coartaba sus ideas diciendo que era impensable que, como damas, llegaran tan bajo.

Ah, Abigail tenía serios problemas con su concepto sobre caer bajo. Althea prefería trabajar en vez de venderse, porque eso era un matrimonio por conveniencia; la venta de una mujer al mejor postor.

Compuso una sonrisa tensa a su madre. Al menos, en ese evento tendría el consuelo de escuchar música. En su voz evidenció un entusiasmo que no sentía al decir:

—Qué bueno, pensé que no podríamos ir.

*****

Mientras tanto, en Silverstone Hall, James lanzaba el pasquín sobre la mesa del desayuno. Su madre alzó una ceja, lo tomó con dos dedos como si fuera una rata muerta y lo alejó de su vista.

—¿Hiciste llorar a otra muchacha, madre? ¿Es verdad lo que dice este pasquín de mala muerte?

Julia puso sus ojos en blanco con dramatismo.

—Oh, por Dios. No hice nada malo, no es mi culpa que esa chiquilla fuera tan sensible. Solo le dije que ni en sus sueños la ibas a pretender; tú te fijas en el carácter, en el intelecto, y que ella, para aspirar a recibir algo de tu atención, debería leer un poco más. ¿Me creerías que dijo que tú eras el hombre más «apuestable» del lugar? ¡¿« Apuestable»?!¡Qué ignorancia! ¡Impresentable! —Julia alzó su barbilla altiva, ofendida por aquel terrible ultraje.

James intentó dilucidar si la palabra apuestable existía, y si su significado era un elogio o un insulto.

Julia miró a su hijo con suficiencia y añadió:

—Por esa misma cara que estás poniendo ahora, es el motivo por el cual espanté a esa damita. Su error fue imperdonable.

James se masajeó el ceño para domar las ganas que tenía de estrangular a alguien. Sus ojos centellearon al mirar a su madre e interpelar:

—¿Acaso no existe la mínima posibilidad de que aterrorices a las damas con tu actitud? Seguro que pusiste nerviosa a la pobre muchacha con tus palabras beligerantes y humillantes.

Julia, indiferente, mordisqueó su tostada antes de replicar:

—Hijo, ser la condesa de Wexford no es una tarea para débiles, implica lidiar con toda esta mojigata, estirada e hipócrita aristocracia. Los británicos son unos… ¿Cómo es la palabra en inglés? —Se quedó pensativa por un momento. No había un término apropiado en ese idioma, por lo que resolvió en español—: Son unos

tragavirotes[1].

James no se resistió en replicarle en el mismo idioma:

— Te recuerdo, madre mía, que te casaste con un tragavirotes y tu hijo es uno.

—Tu padre era la excepción, querido. Aaaah, George era un verdadero encanto. —Suspiró—… Lo extraño todos los días… —Hizo una pausa, ya llevaba un año y medio de luto, mas era una mujer agradecida por lo vivido. Su esposo le enseñó a sacar provecho de la fuerza y la entereza que poseía escondido en su interior. Miró a su hijo con orgullo, consideraba que él había heredado lo mejor de ambos. Su misión era no permitir que James cometiera un terrible error en su elección—. Llevas muy poco tiempo siendo conde, ya lo entenderás. Si escoges a la mujer equivocada, sufrirás por partida doble; tendrás que hacerte cargo de tu vida y también vigilar que tu condesa no te ponga en ridículo cada vez que abra la boca.

James soltó un bufido. Qué difícil era tratar con ella.

—Madre, déjame hacer las cosas a mi modo. No me estás ayudando en nada si espantas a cuanta dama intenta ganarse tu favor o el mío.

Julia bebió un sorbo de té con cierta indolencia. Alzó una ceja y replicó:

—Bueno, más vale que solo se acerquen a ti, yo no me contendré.

—Muy amable y considerado de tu parte, madre querida —satirizó—. Eres muy consciente de que ya es difícil que las damas se acerquen a mí.

Julia se encogió de hombros.

—No soy culpable de tu reputación, cariño.

James puso sus manos en jarras y recriminó:

—No, para nada, solo aportaste tu sangre española que me hace parecer un campesino, un sanguinario pirata o un canalla. Elige el sobrenombre que más te agrade.

Julia sonrió, orgullosa. Sí, admitía su culpa. Su hijo, tal como ella, ostentaba una llamativa tez morena, cabello negro y nariz prominente. De su padre heredó la sombra perenne de la barba, lo que le hacía parecer intimidante. Tampoco ayudaba su altura imponente, la anchura de sus hombros y de sus brazos, ni esa mirada oscura e insondable. Solo le faltaba ser tuerto para parecer un pirata.

Su apodo alternaba entre «campesino», «canalla» y «pirata», dependiendo del caballero que estuviera hablando a sus espaldas. La presencia de James muchas veces producía rechazo, tanto por su aspecto e irreverencia, como por su poca aristocrática inclinación al incipiente mundo de las inversiones. De lo único que hablaba James era acerca de lo revolucionario que era la iluminación a gas, o que las locomotoras eran el futuro para el transporte.

El reproche de su hijo no le afectó, y repuso:

—Con mayor razón deberías agradecer esa sangre que corre por tus venas. Es suficiente para poner a prueba a todas esas damitas sosas que pretenden ser algún día tu condesa. Si no balbucea en tu presencia, puede que sea digna de tu título.

James entrecerró sus ojos. No quería admitirlo, pero su madre tenía razón. Todas balbuceaban.

Excepto una.

Aquella dama de lengua mordaz y ojos verdes desvergonzados había hecho más que responderle: lo había desafiado… ¡Y en su propia casa! Aunque se rehusaba a admitirlo, algo en ella le hacía pensar que tal vez, solo tal vez, valdría la pena romper las reglas.

Al parecer, tendría que ponerla a prueba antes que su madre lo hiciera.



# Tres

## «Una pequeña impertinente deslenguada»

Althea se apeó del carruaje, apresurada, corrió hacia un hermoso parterre cuajado de flores y vació todo el contenido de su estómago.

Las personas que llegaban en ese momento a Pemberton House miraban impactadas, para después voltearse, asqueadas, ante ese bochornoso imprevisto.

Para Althea había sido el viaje más largo de su vida, sumida en una bruma de insoportable fetidez. Ni siquiera pudo darse el lujo de abrir la ventanilla del carruaje; lord Durrington les temía a las corrientes de aire.

—¡Althea, querida! —exclamó Abigail, que se apeaba a la saga. El aire fresco le dio alivio por el terrible hedor. Tratar con Durrington en un baile era soportable, pero dentro de un carruaje, puso a prueba toda su resistencia.

Su carrera se detuvo de golpe. Un caballero, poseedor de una espalda ancha, se cernía detrás de su hija y, en un movimiento elegante y fluido, se quitaba la levita. La prenda usada como improvisada cortina ocultaba el repugnante espectáculo que Althea daba a los transeúntes.

Abigail no sabía si intervenir o no. Sentía la perniciosa indecisión carcomiéndole el cerebro. No sabía cómo actuar para no desairar a nadie. A un caballero que se atrevía a cuidar el decoro de su hija debía permitirle auxiliarla. Por otra parte, lord Durrington no era idiota, podía arrepentirse de dar el siguiente paso al cortejo si su hija seguía dando esas claras muestras de repulsión. Debía pensar rápido.

La voz de lord Durrington se derramó a sus espaldas, y ella logró domar el respingo que la atenazó.

—Creo que el viaje no le ha sentado bien a lady Althea. Qué lástima.

Abigail cerró los ojos, al tiempo que su mente repetía sin cesar «Piensa rápido. Piensa rápido. Piensa rápido…». Compuso una sonrisa compasiva, y dio media vuelta para responder:

—Mi hija nunca ha tenido buen estómago para los viajes, aunque sean cortos. Lo siento mucho, milord, por hacerle pasar este mal rato. Siempre tengo la secreta esperanza de que algún día logrará superarlo.

Lord Durrington desvió su mirada de los pobres parterres bañados en vómito. Frunció el ceño y su tono sonó autoritario al decir:

—Va a tener que superarlo, sin duda… Ya me imagino la tortura que sería llevarlas a conocer mis tierras, que se encuentran en la frontera con Escocia.

Abigail pudo ocultar el temblor de su voz al responder:

—Ya buscaremos la forma, milord… —Necesitaba cambiar de tema a toda costa y repuso—: ¿Me puede hacer un inmenso favor?

—Por supuesto, milady.

—Si fuera tan amable, ¿podría adelantarse para guardarnos un lugar en el salón? Atenderé a mi hija, pobrecilla. Le cuesta un mundo recuperarse, espero que no se pierda el concierto.

—Será un placer. —Y se tocó el ala de su sombrero. Abigail respondió con una rápida genuflexión.

Lord Durrington se internó en Pemberton House. Abigail soltó el aire de sus pulmones, aliviada, y dirigió sus pasos hacia Althea y el desconocido. Lo primero que percibió fue la voz de él que decía:

—Pobrecilla, ¿se siente mejor, milady?

Althea al escuchar esa voz grave y conocida cerró sus ojos, atormentada. Con un hilo de voz dijo:

—Sí, gracias. —No pudo evitar lanzar un gemido lastimero al sentir la caricia de consuelo en su espalda. Qué vergüenza, no podía estar pasándole eso, justamente con él—… ¡Oooooh, que me parta un carruaje! Lord Wexford, ¿por qué tenía que ser usted? Lo siento mucho.

James se puso de nuevo la levita. Althea se resignó a enderezarse y enfrentarlo. Se encontró con su rostro severo e inescrutable.

—No se preocupe. Tenga. —James se esculcó un bolsillo, sacó un pañuelo y se lo ofreció a Althea.

Ella se limpió la boca con la poca dignidad que le quedaba. ¡Qué vergüenza! Solo quería que la tierra se la tragara y la escupiera en China.

Abigail consideró que era buena hora para intervenir. Se acercó a su hija y la tomó por los hombros con suavidad. Con su voz que derramaba condescendencia, dijo:

—Es muy amable, lord Wexford, por auxiliar a mi pequeña Althea. Yo me encargaré de ella de aquí en adelante.

James alzó una ceja, alternó su mirada entre el parterre malogrado y Althea, y preguntó a Abigail:

—¿Está segura de asistir al concierto? Lady Althea no tiene buen aspecto.

Abigail apretó los hombros de su hija. Su sonrisa se amplió y aseguró:

—No se preocupe, milord, se le pasará luego. Siempre es así, milord. Estamos muy

agradecidas, milord. —Abigail se maldijo en su fuero interno por decir tantas veces «milord».

James le brindó una inclinación. Althea extendió su mano para devolverle el pañuelo. El conde frunció el ceño con cierta renuencia y dijo:

—No es necesario, milady. Puede quedárselo.

Althea forzó una sonrisa. Su rostro se tiñó de rojo. Lord Wexford parecía tener una especie de sexto sentido para sorprenderla en situaciones bochornosas.

El conde hizo una reverencia, y Althea lo observó hasta que él se internó en la elegante mansión. Estrujó el pañuelo que tenía en sus manos, se dio cuenta de que era la primera vez que un caballero le ofrecía algo sin exigir nada a cambio… Bueno, quién querría un pañuelo sucio de todas formas. Lo guardó en su ridículo, no solo como un trofeo, sino como un recordatorio de que aún existían hombres capaces de ofrecer algo más que juicios, exigencias y desprecio.

Abigail suspiró, aliviada, y le acarició el rostro a su hija.

—Lo siento mucho, Althea… fue.

—Fue demasiado, madre. Hoy es una buena oportunidad para llamar la atención de otros caballeros, pero por hoy no siga alentando a lord Durrington.

La expresión vacilante de Abigail hizo que Althea la tomara de las manos y suplicó:

—Por favor, madre. Solo por hoy.

—Está bien… ¿Cómo te sientes?

—Aún estoy mareada, de verdad me siento mal. Necesito descansar y recuperarme.

—Seguro que los duques de Pemberton nos permitirán usar alguna estancia tranquila. Vamos, hija.

Al rato se dirigían a la biblioteca. Con cada paso que daban, Althea sentía que el mareo la seguía como una tenebrosa sombra, pero al menos se alejaba del hedor del marqués.

Abigail la guio a la chaise longue que reinaba en el lugar y dijo:

—Aquí, recuéstate, querida.

En el momento en que Althea se dejó caer en la chaise longue, el peso de la humillación le cayó encima como una losa.

Althea cerró los ojos, y dejó que el consuelo de la oscuridad la envolviera. Por un momento, tuvo la ilusión de que podía desaparecer, pero el eco de las risas y los murmullos provenientes del salón le recordaban que su realidad era inexorable.

*****

Quince minutos más tarde, Althea despertó. Estaba sola. Su madre le dijo que se encontraría en el salón de música, acompañando lord Durrington para no desairarlo del todo.

Suspiró, buscando la resignación. Ella sabía que no podía esconderse para siempre en ese lugar, debía hacer acto de presencia después del concierto. Sería el momento perfecto para propiciar la conversación con algún caballero amnésico, ciego o sordo, porque ninguno pasaría por alto su desastroso espectáculo.

A sus oídos llegaba la dulce melodía del dueto de piano y violín, que los duques de Pemberton ejecutaban a la perfección. Qué no daría por estar ahí, disfrutando de la música.

Inspiró profundo, el mareo se había disipado y, poco a poco, se esfumaba de sus sentidos el olor del marqués, que parecía penetrar incluso en sus prendas. Era como si su pestilencia se pegara en su piel, igual que una alimaña viscosa, ansiosa por quitarle el aire, estrangulándola.

Se preguntó si tal vez exageraba, porque, ¿cómo aguantó tanto su madre la conversación con el marqués sin hacer ninguna clase de mueca? Quizás su repulsión era exacerbada por su mente que se negaba a ser una prosti...

El sonido de la puerta abriéndose la sacó de sus pensamientos. Althea intentó moverse, pero el mareo se apoderó de ella y desistió. Y cuando estuvo a punto de anunciar su presencia, escuchó la voz de lord Wexford:

—De verdad que no tienes límites, madre. ¿Fuiste capaz de decirle que me paso la mitad del año en un barco?

La curiosidad fue más que su mareo, Althea se asomó por un costado de la chaise longue para espiar.

Julia se miraba las uñas, indiferente, y respondió:

—Si soporta tu estigma de pirata, entonces podrá aguantar cualquier cosa.

James se revolvió el cabello, ofuscado.

—Estuve vomitando todo el viaje a España, eso debiste decir… Así solo tendría la fama de canalla. —Y blasfemó en español—: ¡Por los clavos de Cristo! ¡Hasta cuando!

A Julia no le impresionaba esa cascada de palabras alteradas. Su hijo tenía un excelente acento por lo demás. Hizo un ademán indolente y replicó:

—Por favor, James, no exageres. ¿Por qué conviertes todo en un drama?

La mirada fiera de lord Wexford se clavó en los ojos de su madre.

—¿Quieres tener una nuera o no?

Julia puso sus manos en jarras y alzó una ceja.

—Por supuesto, ya cumpliste veintisiete. Y mientras más viejo, menos posibilidades tienes de casarte con una dama que te dé herederos de buena gana. Ya ves al viejo Durrington, arrastrándose por una muchacha que es casi una solterona, porque nadie soporta estar a medio metro de él. Ese hedor terrible que expele… Estoy segura de que tiene alguna peste francesa. Pobrecita, esa niña debe estar realmente desesperada. Si se casa con él…

James soltó resoplido, harto de la situación.

—Madre, te lo ruego, déjame manejar el asunto a mi manera.

—Tu manera es bastante pasiva. No te he visto entablar una conversación que se prolongue por más de dos minutos con ninguna dama.

Julia tenía un punto, James debía reconocerlo, pero no lo iba a admitir en voz alta. Ni en un millón de años.

—Basta, madre. —Alzó su índice sin dejar de mirarla a los ojos—. Es la última vez que te lo advierto. Una palabra más y me caso con la primera dama que encuentre en mi camino.

Julia puso sus ojos en blanco.

—Oh, por favor. Como si eso fuera posible. Eres demasiado quisquilloso para ello.

—No digas que no te lo advertí.

Julia se encogió de hombros.

—Ya me cansé de tu perorata, me estoy perdiendo el concierto.

Althea se volvió a esconder y escuchó el sonido de la puerta cerrándose. Con lentitud se incorporó, y solo estaba el conde pellizcándose el puente de su nariz.

«Por favor, mírame… Por favor, mírame», rogó Althea en su fuero interno. Contuvo la respiración. Sí, lady Wexford tenía razón, estaba realmente desesperada.

James miró en su dirección. Althea, parapetada tras la chaise longue, le brindó una sonrisa incómoda, saludó moviendo sus deditos y dijo:

—No me enojaría si usted me pide matrimonio. Prefiero verlo vomitar en un barco por tres semanas que soportar el hedor del marqués.

Por alguna absurda razón, James sintió una mezcla de compasión y ternura hacia esa muchacha. Se preguntó si él sería capaz de cumplir esa amenaza que acababa de lanzarle a su madre sin pensar.

Ni tan idiota ni tan orgulloso era. El matrimonio era para toda la vida, no podía llegar y tomar esa decisión a la ligera. Necesitaba ver si lady Althea era tan dura como parecía ser. Se acercó a la chaise longue y se cruzó de brazos.

—Usted sabe tan bien como yo que no hablaba en serio. —Y James miró de reojo el reloj que se encontraba en un rincón de la estancia.

Althea se encogió de hombros. Ah, era demasiado bueno para ser cierto. Pero no iba a demostrar que se había ilusionado por medio segundo, por lo que respondió:

—Y por eso su madre lo trata como lo hace, ella también sabe que usted no hablaba en serio… Pero…

—¿Pero…?

—¿Qué tal si le demuestra que sí hablaba en serio? Que usted es capaz de cumplir con sus amenazas.

James rio a carcajadas ante ese descarado desafío. Imaginó el rostro desencajado de su madre en el caso hipotético de que él se casara con lady Althea.

Ella sintió otra vez ese escalofrío. Esa voz… ¿Por qué le provocaba tantas sensaciones extrañas en partes de su cuerpo que ni se atrevía a mencionar?

James, ajeno a la reacción de Althea, sentenció:

—Usted y yo tenemos algo en común; nuestras progenitoras nos hacen la vida imposible... Hace unos días leí el pasquín que me comentó. Entonces, ¿es cierto que Durrington pretende cortejarla?

Althea asintió y arrugó la nariz.

—Usted debe conocer mi situación, ya es vox populi. Sé que no debo ser escrupulosa. En mis dos temporadas, nadie más ha mostrado interés en mí… Ni siquiera tengo una dote apropiada para atraer a algún cazafortunas. —Tragó saliva. Era patética. Fingió una sonrisa—. Pero aún no pierdo la esperanza de que alguien pase por alto mis precariedades y defectos.

—¿Alguien más desesperado que Durrington? —preguntó James, aunque pensó que Althea no tenía defectos evidentes, solo precariedades económicas.

—Pues sí, debo ser realista. A estas alturas de la temporada, me conformo con cualquier caballero que tenga un olor tolerable.

Creo que es mi último límite infranqueable, estoy resignada a soportar lo que sea.

James miró otra vez de soslayo el reloj. Llevaba más de dos minutos conversando con la inusual lady Althea. Su voz no había vacilado ni una sola vez. Decidió presionarla un poco más.

—¿Qué va a hacer si él es el único que concrete sus intenciones?

James vio cómo Althea apretaba la mandíbula y parpadeaba con rapidez. Sus largas pestañas negras aleteaban como ligeros abanicos, pero no era un gesto de coquetería. Un brillo acuoso se instaló en sus ojos.

A la luz del día, el tono de esos vivaces ojos verdes era fascinante. ¿Cómo no lo había notado antes?

Tras unos segundos, ella inspiró y solo dijo con un hilo de voz:

—Aguantar.

A James se le encogió el corazón al imaginar a esa muchacha en la noche de bodas con el marqués. Incluso él se sintió ultrajado.

La compasión no era un motivo para que él uniera su vida a esa mujer —en el caso hipotético—. Sin embargo, ya estaba cansado de las discusiones con su madre, de lo complicado que era para él lidiar con las damas, de algunos inversionistas que no lo consideraban por no haberse casado, y daba la casualidad de que solo con ella podía entablar una conversación inteligente.

Althea agregó para cambiar de tema:

—Por cierto, averigüé lo que me dijo el otro día. —Entrecerró sus ojos y lo amonestó—: Lo que dicen de usted también es verdad, que ofende en español con la confianza de saber que no le entenderán… Sin embargo, creo que lo que me dijo la otra noche no fue tan terrible.

James alzó sus cejas. Luego su gesto cambió a la incredulidad.

—A ver, según usted, ¿qué fue lo que le dije?

—Que soy una dama deslenguada… o algo así.

Una sonrisa de medio lado adornó las duras facciones de James.

—De hecho, dije: «Una pequeña impertinente deslenguada» —corrigió, asombrado por aquella revelación. La muchacha debió usar muchos recursos intelectuales para descifrar al menos una palabra y la idea principal.

—Ah, no estaba tan equivocada. Si lo hubiera dicho más lento, seguro habría acertado con más exactitud.

—¿Y cómo lo descifró?

—Es un secreto… pero puedo decirle que tengo buena memoria.

James alzó su barbilla, en su mirada estaba el brillo del desafío.

—Entonces le dejaré otro reto para su memoria. Y como soy generoso, le daré una pequeña ayuda hablando más lento. —Se inclinó hacia ella y quedó a medio metro de distancia. Toda la atención de Althea estaba puesta en la boca del conde que dijo en español—: Si logra recordar y traducir, me caso con usted, pequeña impertinente.

Althea murmuraba imitando los sonidos que él emitía; no obstante, pidió:

—¿Puede repetirlo, milord?

—No. —Y una sonrisa desvergonzada se asomó en sus labios.

—¿Y qué gano con su desafío?

Y mientras James la miraba, notó cómo esos grandes ojos seguían vivos a pesar de todo y de todos. Había algo en lady Althea que la hacía diferente a las demás damas que conocía —y vaya que conocía a unas cuantas—, una fuerza silenciosa que lo exasperaba tanto como lo intrigaba. Deseaba desentrañar los misterios de ese espíritu belicoso y vulnerable. A esas alturas de su vida, no podía permitirse actuar por mero impulso… ¿O sí?

—Ya lo averiguará… —Se dirigió a la puerta, seguro de su victoria, y antes de salir, indicó—: Preséntese en mi casa cuando lo resuelva. En la mañana de ser posible, el resto del día me la paso en el Parlamento.

La puerta se cerró.

Althea repetía el mensaje una y otra vez, como si fuera una esperanzadora letanía. Se levantó y corrió hacia el escritorio y tomó una pluma. Entintó y empezó a garabatear los sonidos… Algo le decía que debía resolver ese enigma. No sabía por qué, pero sentía que era su única y tangible oportunidad de evitar un horrible enlace.

Y si él no cumplía con su palabra…

Pues no le costaría delatarlo con lady Wexford.



# Cuatro

## «El arte de cumplir amenazas»

Susurros de Elite, martes 26 de marzo de 1816.

Ay, mis queridos lectores. Este fin de semana

ocurrieron cosas muy divertidas en el adorable concierto de los duques de Pemberton, en el cual la duquesa hizo gala de su virtuosismo, pese a su avanzado estado de buena esperanza.

Para empezar, el grotesco espectáculo que dio lady A

en los parterres de la casa ducal. Según fuentes cercanas, su madre la excusó señalando que el viaje la mareó terriblemente. Sin embargo, es cosa de sumar dos más dos; las damas en cuestión viajaron con lord D. Estoy más que segura de que el viaje en carruaje no la enfermó, sino el nauseabundo contenido del vehículo.

Por otro lado, Lady W volvió a hacer de las suyas y

ahuyentó a otra dama que mostró una pizca de interés por su retoño. Si sigue con ese bélico comportamiento, pronto la declararán como persona non grata, asunto que puede perjudicar las aspiraciones matrimoniales de su hijo, quien, según informan mis fuentes, en una acalorada discusión, la amenazó con que se casaría con la primera mujer que encontrara en su camino.

Vimos que durante el concierto se cruzó con varias, y

no ha cumplido con su palabra. Ah, la primera regla para que un caballero sea tomado en serio es cumplir lo que promete, ya sean compromisos o amenazas.

Yo digo que llegar a esos extremos es una clara

muestra de desesperación, una que anda a la par con la de lord Fetidez. No obstante, es más que evidente que lord Pirata tendrá más oportunidades de éxito que el marqués.

Al menos huele bien… A bergamota y menta.

James alzó una ceja y miró a su madre. La mujer era la elegancia personificada, incluso cuando desayunaba, cada movimiento era calculado y ejecutado con maestría. Entrecerró sus ojos.

Sin valerse de ningún inútil preámbulo, preguntó:

—¿Tú eres la fuente de este pasquín?

Julia bebía té. No se molestó en apresurarse. Ceremoniosa, dejó la taza sobre el platillo y tomó una tostada que comenzó a embadurnar con mermelada. Miró de soslayo a su hijo y respondió:

—Solo para fastidiarte diría que sí, pero creo que es mejor decepcionarte, así que la respuesta es no.

James se pellizcó el puente de su nariz e interpeló:

—¿Alguna vez podrás darme una respuesta seria? Desde un tiempo a esta parte, sarcasmo e indolencia son tu segundo nombre y apellido

Julia lo miró como si dijera «Siempre doy respuestas serias, cariño». James puso los ojos en blanco y volvió a leer el Susurros de Elite.

Parecía tener cierta fascinación hacia lady Althea, siempre hablaban de ella o de su decrépito pretendiente. Debía admitir que ambos y la situación daban mucho material para el pasquín.

—Aunque no quieras, llamas la atención —murmuró… Y pensó que Althea era un bonito nombre. Era como si su lengua revoloteara, igual que las alas de una mariposa dentro de su boca.

¿En serio había pensado eso? Dios, estaba perdiendo la razón.

La voz de su madre lo sacó de sus cavilaciones cuando dijo:

—Mi intención no es llamar la atención, hijo. No fuiste muy discreto cuando interrumpiste mi conversación con los duques, me tomaste por el brazo y me metiste en esa biblioteca. ¡Qué bochorno!

James miró a su madre intentando ocultar su horror, mas falló, su quijada se desencajó por un segundo. ¿Había dicho eso en voz alta? Se aclaró la garganta y aseveró:

—Pues seguiré siendo indiscreto si sigues fastidiando.

Julia arqueó sus cejas, incrédula. Un brillo de diversión se asomó en sus ojos oscuros.

—¿Es una amenaza, Wexford?

—Sí, y la voy a cumplir, que no te quepa duda. Cumpliré todas y cada una de mis amenazas.

James volvió a pensar en Althea. Recordó cómo la pequeña impertinente deslenguada lo desafió a cumplir su palabra y casarse con ella. En el estricto rigor era la primera mujer que veía en su camino.

«Y por eso su madre lo trata como lo hace…», recordó esa verdad del porte de la catedral Westminster.

Lady Althea era muy astuta… y tenía razón la muy ladina.

Ambos estaban en una situación desesperada. En contra de toda costumbre masculina y social,

él prefería como esposa a una dama que no fuera demasiado joven. Y si empezaba a dejar que pasaran los años, esa brecha se ampliaría más y más con su futura condesa.

No le hizo gracia imaginarse en el altar como un viejo impotente de cuarenta años junto a una jovencita de diecisiete.

Le dio un escalofrío al ponerse en escenario inverso, como si él estuviera casándose a sus veintisiete con la octogenaria condesa de Hull.

Estaba perdiendo un tiempo precioso.

Debía admitir que no tenía muchas exigencias para la dama que fuera a convertirse en su condesa: un intelecto aceptable y un buen carácter… Ah, y dados los últimos y reveladores acontecimientos, que huela bien. Sin embargo, en contra de su voluntad, Julia había tomado como propia la misión de medir a las candidatas y, en su afán de encontrar a la mujer idónea, no hacía más que alejar a toda persona del sexo opuesto.

Tal vez a su madre le hacía falta entablar una conversación con la irreverente lady Althea, y tener una cucharada de su propia y amarga medicina.

James sopesó seriamente las consecuencias del desafío lingüístico que le lanzó a lady Althea. ¿De verdad estaría dispuesto a cumplir con los términos de esa prueba? El matrimonio no era solo una cuestión de honor o conveniencia, era mucho más, era enlazarse a una persona de por vida. ¿Podría pasarla junto a una mujer que lo fascinaba tanto como lo irritaba?

James pensó en esa última palabra. De hecho, no era irritación esa sensación que ella le provocaba. Era como si la dama lo presionara a rebasar siempre sus límites… lo cual no era del todo negativo.

Había algo en esa mirada vivaracha, en ese brillo provocador, que parecía retarlo a ser más que un idiota arrogante. Una parte de él —una parte que detestaba admitir que existía— deseaba saber hasta dónde podía llegar ese desafío

Si lady Althea demostraba que tenía intelecto y recursos —porque estaba claro que él no la impresionaba, y se atrevía a mantener una conversación ingeniosa—, no le quedaría más remedio que eliminar a Durrington de la competencia.

Y la idea no le molestó. En el estricto rigor, él le había propuesto matrimonio tres veces a lady Althea.

«Con razón mi madre no toma en serio mis amenazas», pensó James con acritud.

*****

A esa misma hora, Althea leía el Susurros de Elite. Jadeó y se tapó la boca. Abigail y Mimi la miraron, intrigadas. Todas estaban desayunando.

—¿Otra vez hablaron de ti? —indagó Abigail.

Althea fingió un llanto dramático antes de responder:

—Sí… Debo agradecer que, al menos, usaron el eufemismo de grotesco bochorno, en vez de decir que yo era una cascada de vómito. A estas alturas me sorprende que no me dieran un apodo humillante, como lady Regurgitación.

La cara de Abigail se transformó, asqueada. No tardó en propinarle una amonestación:

—¡Althea! ¡Qué modales son esos! ¡Estamos desayunando! ¡Qué desagradable, por Dios!... ¡No se ría, tía Mimi! Todo esto es culpa de su padre que la mimó tanto. Le dio demasiadas alas.

Mimi rio con más ganas. Al igual que su sobrina nieta, su sentido del humor carecía del buen gusto. A Althea le encantaba provocarla en secreto con bromas de ese calibre.

—Lo siento, madre. Me excedí… pero sí hay que admitir que era una cascada… —Las risotadas de Mimi se convirtieron en tos. Althea temió que en cualquier momento le iba a dar un patatús a la nonagenaria—. Ya, tía abuela, cálmese… no es para tanto…

—Ah, niña, déjame reír… Hace bien para el corazón.

Abigail se rindió, negó con su cabeza, y prosiguió con su desayuno.

Althea suspiró con una sonrisa en sus labios. En realidad, había jadeado por otra cosa que salía en el pasquín. Detallaban el incidente de la biblioteca de Pemberton House, y solo había tres personas en ese lugar. ¿Cómo se enteraron de todo?

«¿Y si lord Wexford cree que yo soy la fuente?», pensó con mortificación. «Y es lógico, no me mencionan en ese incidente. Él conjeturará que omití eso para no verme involucrada… Adiós a su desafío. No querrá hablarme, y yo perderé la oportunidad de ganar una recompensa».

Sí, llevaba dos días dilucidando sus palabras y descifrar el mensaje. Era una tarea titánica.

Cada vez que repetía las palabras en su cabeza, le parecía más imposible resolver el acertijo, pero el término «rendición» no existía en su vocabulario. Algo en su interior le decía que descifrarlo no solo era un simple juego de un conde arrogante; era como si fuera su única oportunidad de escapar de un futuro que la aterraba.

La primera vez que lord Wexford le habló en español, ella solo pudo resolver una de las palabras, porque se le había quedado grabada a fuego en su memoria. Deslenguada, sonaba como algo terrible. Pero resultó ser un término preciso para calificar ese defecto que siempre la caracterizó, y que su madre siempre intentaba corregir. Todos los días la reprendía, y en cualquier actividad social a la que asistían, sentía la maternal mirada avizora sobre sus hombros cada vez que abría la boca.

Debía darle la razón, su carnet de baile nunca llegaba a llenarlo. Incluso hubo noches en que aquel papel permaneció en un triste e impoluto blanco.

El hablar era más fuerte que ella, no sabía cuándo había dicho demasiado hasta que su

acompañante extraviaba su mirada y empezaba a responder con monosílabos.

El único que era capaz de prestarle atención era lord Wexford.

Y retomando el hilo sobre el hábito del conde de ser tan sardónico en español, a Althea le había causado mucha curiosidad la primera vez que le habló en ese idioma. Ella sabía algo de francés, pero no podía compararlo del todo con el español. Sin embargo, una de las palabras elementales que aprendió eran las partes del cuerpo, y una de ellas era langue, muy parecido a parte de lo que él dijo en un fluido español.

Recordar esa voz grave arrastrando las eses le causó otro escalofrío.

Se sacudió la sensación.

Resolver el primer enigma fue pura suerte. Supuso que él dijo algo despectivo al uso que ella le daba a la lengua y voilá. Fue bastante predecible pero divertido para Althea.

No obstante, lo que tenía entre manos era más difícil. Iba a necesitar ayuda. Ya no se trataba de orgullo y demostrar su valía. Sentía que cada palabra que descifrara sería como una chispa que encendería un fuego interior, el mismo que le permitiría controlar su destino. No estaba dispuesta a perder ante el primer obstáculo.

—¿Alguna de ustedes conoce a alguien que sepa español?

—¿Español? —preguntó Mimi—. Apenas pudiste con el francés, niña, ¿por qué de pronto te interesa el español?

—El profesor de francés era horrible. Él creía que con humillaciones sobre mi acento me haría mejorar. Por eso no aprendí lo suficiente —se defendió con vehemencia—. Me cerró la mente para que no entraran todas esas normas gramaticales y esa entonación nasal… Bueno, el punto es que estoy resolviendo unas misteriosas palabras que escuché en español y bueno… solo es curiosidad.

Mimi alzó su ceja… No por nada tenía noventa años, la curiosidad siempre era espoleada por deseos más grandes.

Abigail, feliz de que el tema hubiera cambiado, intervino:

—Tengo entendido que lady Wexford es española o sus padres lo eran, no lo tengo muy claro… Pero ahora que hago memoria, me he dado cuenta de que nunca la he escuchado hablar en ese idioma. —Su tono cambió y advirtió—: Yo que tú no me atrevería a dirigirle la palabra, Althea. Si lo que dice ese pasquín es cierto, seguro terminarás humillada.

—No voy a hablar de su hijo, ni siquiera lo mencionaré. Ella solo humilla a las damas que pretenden ser la nueva condesa de Wexford… Y ese no es mi objetivo.

«Mentirosa», se burló su consciencia. Ella la ignoró.

Althea pensó en lady Wexford, había algo intimidante en ella. Quizás era su porte y su mirada lo que le hacía sentir como una niña traviesa frente a una institutriz estricta. Las historias que aparecían en el Susurros de Elite y otras que escuchó por ahí hablaban de las terribles humillaciones que la mujer podía infligir, ni las damas más osadas se atrevían a provocar a que emergiera la bestia negra. No obstante, si la condesa era la llave maestra para resolver el enigma, valdría la pena. Si iba a caer, sería luchando.

Una humillación más, una menos, a esas alturas de su existencia ya no le importaba correr el riesgo.



# Cinco

## «Lady Pequeña ha crecido un metro»

Tres días después, en el baile que ofrecía el conde de Corby, James abrió sus ojos hasta que salieron de sus cuencas, impactado por lo que divisaba desde su reducido grupo de conversación.

Lady Althea se dirigía hacia su madre, erguida y a paso decidido. Cuando llegó frente a ella, le dedicó una respetuosa reverencia, la que era recibida por una altanera inclinación de cabeza. Acto continuo, la pequeña impertinente deslenguada se atrevió a avanzar un poco más y entabló una conversación.

Notó que su madre inclinaba su cabeza con… ¿Eso era interés?, cuando lady Althea sacaba de su retículo un papel, el cual procedió a exhibir.

James logró leer que los labios de Althea articulaban un:

—Esto es lo que logré entender… ¿Estoy en lo correcto?

Para su absoluta sorpresa, Julia asintió y señaló algunas partes con una inesperada paciencia, como si estuviera corrigiendo a una estudiante aplicada.

Tras unos segundos con el ceño fruncido, Julia señaló con el dedo algunas partes y parecía explicar otras, mientras que Althea asentía con emoción y tomaba notas sobre el papel con un pequeño lápiz, el mismo que usaban las damas para anotar sus bailes.

Entre ambas mujeres parecía haber respeto, complicidad y entusiasmo. No obstante, para el conde fueron los cinco minutos más largos y angustiantes de su vida. Ya veía que su madre hacía gala de su talento para infligir humillación con su lengua viperina…

Aunque tampoco se imaginaba a lady Althea retrocediendo ante un ataque verbal.

De reojo notó que lady Tisbury, con una expresión horrorizada, se abría paso entre las personas y se dirigía hacia su hija, quien le sonreía a Julia y le brindaba una reverencia final.

Julia volvía a asentir con elegancia.

Abigail tomó del brazo a su hija. La dama parecía un ratoncillo asustado mientras intercambiaba unas aparentes palabras de cortesía. Se despidieron con sendas genuflexiones, y luego lady Tisbury se llevó a lady Althea casi a tirones.

James carraspeó, torció una sonrisa y ofreció una excusa a sus contertulios:

—Si me disculpan, caballeros, debo atender un asunto urgente.

Discreto, siguió a ambas mujeres que se dirigían a un rincón, lejos de las miradas intrusas. Se

parapetaron detrás de una ancha columna de mármol y una gran planta ornamental.

James no pudo evitar pensar que la planta ocultaba en su totalidad a lady Althea, y daba la cómica impresión de que lady Tisbury reprendía a un tupido arbusto de jazmín.

Se acercó lo suficiente para poder ver y escuchar a la madre de Althea que decía:

—Dámelo… —En las manos de lady Tisbury apareció un papel que la dama desplegó. Tras unos segundos, amonestó—: Althea, ¿qué demonios es esto?

La voz de la joven titubeó, algo raro en ella, y repuso:

—Lo que le comenté hace unos días.

Lady Tisbury soltó un resoplido. Su ceño se contrajo como un nudo entre sus cejas, e interpeló:

—¿Y te atreviste a importunar a lady Wexford por esto? ¿No te basta con que te mencionen todas las semanas en ese horrible pasquín? ¿Hasta cuándo pretendes ser el hazmerreír de todo Londres?

Silencio… No por mucho tiempo… Lady Althea replicó con ese tono conocido para él, cuando ella atisbaba su vulnerabilidad:

—Ya estoy acostumbrada, madre. —Rectificó su tono y sonó más desenfadada al agregar—: Tómelo por el lado amable, si me mencionan lo suficiente, capturaré la atención de otra persona que no sea lord Feti… Durrington

—Solo lograrás arruinar más tu reputación por esta idiotez. ¡Entiéndelo, hija! Esto no es un juego, es la vida, es la realidad, nuestra realidad. —Lady Tisbury arrugó el papel hasta convertirlo en una triste y deforme pelota que empuñó con fuerza—. ¡Aaaaah, por Dios! ¡Althea, piensa! Hasta el momento, solo tienes un prospecto, y estás desaprovechando tus oportunidades para que él se anime de una vez por todas y te corteje formalmente. Lord Durrington se va a aburrir de ti si sigues evadiéndolo.

James pensó que esa noche lady Althea tuvo suerte, lord Durrington se había retirado temprano del baile. El rumor decía que el salmón le sentó fatal y estuvo encerrado en el servicio de caballeros más del tiempo de lo normal.

Y su fetidez fue más ofensiva de lo normal.

La interrogante de lady Tisbury lo trajo de vuelta al momento.

—¿Alguien te ha invitado a bailar?

James apenas escuchó un:

—No…

—¿Ves? Si tienes algo de inteligencia, deja de llamar la atención de esa manera. El marqués se fue temprano y sin invitarte. Eso es una pésima señal. Eres una dama, por todos los cielos. —Lanzó el papel al suelo y Althea jadeó—. ¡Compórtate como tal!

Lady Tisbury se alejó a paso airado. James notó que la mano de Althea recogía el papel con sus deditos temblorosos.

Sin pensarlo demasiado, fue hacia ese rincón. Necesitaba saber si lady Althea estaba bien.

La encontró aferrándose al papel arrugado, apretándolo contra su pecho. Con los ojos cerrados, ella inspiraba por la nariz y espiraba por la boca. Lo hacía largo y profundo, una y otra vez.

James domó el incipiente pero intenso deseo de abrazarla y darle una pizca de consuelo. En vez de cometer semejante locura, hizo lo mismo que ella; inspiró y espiró, hondo y pausado, un par de veces antes de decir en voz baja:

—¿Le puedo ayudar en algo, milady?

Althea abrió los ojos y suspiró, cansada. Ya podía confirmar que lord Wexford poseía la inquietante afición de escuchar las discusiones que tenía con su madre. Enderezó su espalda y respondió con dignidad:

—Solo me puede ayudar si cumple con lo que me prometió. —Con un movimiento brusco, le ofreció el papel arrugado, el cual temblaba.

James lo tomó y leyó.

El papel contenía las palabras que él le había dicho en español, cuidadosamente anotadas con una caligrafía pequeña y ordenada. Bajo esas palabras, Althea había escrito posibles significados, y junto a ellos, preguntas y dudas. Era como si hubiera convertido su desafío en una tarea escolar.

Una sonrisa se asomó en sus varoniles labios. Se sintió contento, complacido. ¡La dama se había atrevido a ir con su madre para resolver el enigma! ¡Pero qué descarada y osada!

O suicida…

¡Le encantaba! ¡Estaba decidido, no había duda ella era la mejor elección!

Intentó ponerse serio. Dobló el papel y se lo guardó en la levita, lo enmarcaría en dorado para la posteridad. Se aclaró la garganta y se propuso ser lo más solemne posible para preguntar:

—¿Le parece que este es un lugar apropiado para declararme y hacerle una propuesta?

—Ya escuchó a mi madre. Tengo que aprovechar todas mis oportunidades, este rincón es tan bueno como cualquier otro… A menos que usted sea un hombre que no honre sus promesas.

James se llevó la mano al pecho e hizo una leve inclinación antes de sentenciar:

—A partir de hoy, no dudará jamás de mi honor… —Plantó una rodilla en el suelo, tomó una mano de Althea y dijo—: Lady Pequeña Impertinente y Deslenguada, ¿me haría el inmenso honor de ser mi esposa?

Althea entreabrió la boca. Fue muy consciente del calor que le transmitía él a través del guante. Sus latidos se dispararon, podía ser un sueño y, para cerciorarse, preguntó con desconfianza:

—¿Está hablando en serio?

—Como jamás en mi vida, milady. —El tono de James era pura convicción.

Y, al terminar de decir esas palabras, él sintió que todo estaba en su lugar, que no se arrepentiría nunca de cometer esa locura. Su pulso se aceleró ante la expectativa de iniciar su vida junto a esa singular dama. Sabía que lo que estaba haciendo era algo inesperado en él y, vaya ironía, era lo que confirmaba su resolución.

Nunca antes había estado tan seguro de algo. Lady Althea era la respuesta a su dilema, despertaba en él una ilusión que no había experimentado con otra mujer.

La emocionada voz de ella lo trajo al momento.

—En ese caso, acepto.

James, solo por asegurarse de que todo era real, y por qué no, también con un poquito de miedo, preguntó:

—¿Está hablando en serio?

—Como jamás en mi vida, milord.

James besó la mano de Althea y se levantó con una sonrisa.

Ella todavía sentía el toque de los labios de él traspasando el guante, quedándose en su piel. De pronto sintió que algo en su interior se destrozaba y reconstruía a la vez. Tenía la certeza de que James la estaba viendo como lo que era, no como lo que debía ser; una persona con sueños, expectativas y sentimientos, que su valor no radicaba en su juventud, capacidad reproductora o una dote.

Le sonrió a James, feliz. A él tampoco se le borraba la sonrisa, se veía más joven y abierto. Más él.

—Me ha pillado desprevenido, no tengo ningún obsequio de compromiso… —Miró de reojo los aromáticos jazmines y cortó una flor. Se acercó un poco más a ella y sintió un delicioso aroma floral, lavanda tal vez. Con cuidado ornamentó con el jazmín el sencillo recogido de Althea y probó lo suaves que eran esos cabellos negros—. Esto servirá de momento.

Todo el cuerpo de Althea temblaba. Logró percibir el aroma de James. Era cierto lo que decía

el pasquín, olía a bergamota y menta.

—Todo obsequio es bien recibido. —Acarició el jazmín con cuidado, necesitaba tocarlo, sentir que sí estaba despierta—. Es la primera vez que me regalan flores. La guardaré para siempre, será mi tesoro más preciado.

James asintió. Eso le gustaba de Althea, su forma de ser era genuina.

—Mañana en la mañana iré a su casa a pedir su mano… No se arrepienta.

Althea negó con la cabeza y aseveró, vehemente:

—No me arrepentiré.

James notó que la orquesta había terminado de ejecutar una cuadrilla. Según el programa, el baile que seguía era ideal para celebrar su compromiso y pidió:

—¿Me concede el siguiente baile, querida? A menos que el vals sea demasiado atrevido para usted. El anfitrión es un libertino que le encanta escandalizar a la aristocracia.

Althea alzó su barbilla y le ofreció su mano.

—Estoy a punto de cumplir veintitrés, solo las debutantes se escandalizan con ese baile. Además, usted es mi prometido, tiene derecho a atribuirse algunas libertades.

James tomó su mano, la besó y la guio para que se aferrara a su brazo. Lady Althea era tan pequeña, pero no había un ápice de debilidad en ella.

Salieron de su escondite y se mostraron a la luz.

A medida que avanzaban, los murmullos se alzaban a sus espaldas en una cacofonía morbosa e incrédula. Tan dispar e impensable, así era la pareja que se acercaba a la pista de baile. Algunas damas se parapetaban tras los abanicos para poder susurrar a gusto. Los caballeros entrecerraban los ojos, como si trataran de descifrar el enigma que era esa extraña pareja. James ignoró todas las miradas; su mundo se reducía a la pequeña mujer que estaba a su lado.

Bueno, quizás no ignoró todas las miradas. Dos, en especial, capturaron su fugaz atención. Sonrió con arrogancia al notar la expresión de impacto de la madre de Althea. Y su satisfacción aumentó al ver la manifiesta estupefacción de Julia. Aquella reacción no tenía precio.

Miró de soslayo a Althea, en su rostro también danzaba la arrogancia. Se situaron al centro de la pista de baile y James susurró:

—Disfrute el momento, querida. Su madre tendrá que comerse todas sus palabras. —En el aire se propagó una inusitada complicidad, como un lazo invisible que los ataba.

—Lo mismo digo. Su madre nunca más desestimará una amenaza suya.

Los primeros pasos de ese baile no estuvieron exentos de dificultad. La diferencia de estaturas

hizo que James tuviera que improvisar la coreografía, saltándose la parte en la que sus brazos se alzaban por sobre sus cabezas para tocar la punta de sus dedos. Solo se limitó a atraerla hacia él, afianzando su mano en la espalda de Althea, mientras ella se aferraba a su brazo —porque no alcanzaba su hombro sin empinarse—. Sus manos libres se tomaron.

La orquesta comenzó a ejecutar The Sussex Waltz. La dulzura de la melodía los envolvió y empezaron a bailar. Althea, muy consciente de lo minúscula que se veía al lado de James, sintió que la cara le ardía. Con suerte le llegaba al pecho de su prometido, el que no se abstuvo de bromear:

—Y yo que pensaba que usted no conocía la timidez.

—Es diferente bailar que conversar.

—Olvídese del mundo, y limítese a mirarme, querida. Ahora solo tengo ojos para usted y nadie más. No se moleste en pensar cómo la ven los demás, será la futura condesa de Wexford, que no se le olvide.

—Y usted, ¿cómo me ve? —indagó. Quería… necesitaba saber más cómo funcionaba la mente del hombre al que le entregaría su vida.

«Y mi virtud». Althea tragó saliva.

A James no le costó definirla. Todos los días invadía su mente y recordaba sus conversaciones, sus desafíos… Esos hermosos y vivaces ojos verdes.

—La veo como la mujer más decidida e inteligente de todas las que están aquí. Valiente, determinada. Estoy seguro de que nuestra unión será más que exitosa.

Althea asintió, conforme con la respuesta, y añadió:

—También lo creo. Usted y yo hacemos una buena pareja. Espero que perdure en el tiempo.

Se centró en los ojos de James y esa picardía que dejaba entrever. Se preguntó por qué él no la intimidaba. Las otras damas solían criticar su tamaño, su aspecto, el temor que infundía su semblante severo, su voz profunda y su arrogancia

O tal vez ella estaba tan desesperada por huir de lord Durrington, que todos esos defectos que se suponía que él tenía, dejaron de ser importantes.

Su mente revoloteaba como un enjambre de abejas. Pese a que no había palabras de amor, sí se estaba gestando entre ellos algo más profundo: respeto, admiración mutua y la promesa de construir algo juntos. Y eso, en este momento, era más que suficiente.

Quizás con el tiempo… Tenía esperanza de sentir afecto por James y ser correspondida.

De hecho, ya sentía algo parecido. Un sentimiento cálido que se derramaba en su pecho y lo aceleraba a una velocidad peligrosa.

La voz de él la trajo de vuelta al momento.

—Y usted, ¿cómo me ve, querida?

—Un hombre que es amable, considerado…

—¿Canalla, pirata ?

Althea rio.

—No, nada de eso, solo mordaz. Muy diferente a los otros caballeros, debo admitir. Usa su arrogancia para desafiarme, no para humillarme. Es extraño, a usted no le molesta cuando me pongo a su altura.

—Y eso es muy difícil para usted, ¿o no, lady Pequeña? —Y arqueó su ceja.

—En sentido figurado, lord Gigante.

—Por eso me gusta, acaba de crecer un metro.

Y siguieron bailando. James guiaba a Althea acoplándose a sus pequeños pasos y, de vez en cuando, las piernas rozaban el vestido. Era en esos momentos en que ambos eran conscientes de que esa distancia se reduciría más y más en el futuro.

Llegarían a ser uno…

Entretanto, Julia compuso su expresión y procuró mantener su habitual altivez, mas sus ojos, entrecerrados y brillantes, la delataban. Su mente, siempre tan aguda, calculaba los pros y los contras de lo que acababa de presenciar. ¿Acaso había subestimado a esa damita vivaracha? ¿O se trataba de alguna ridícula venganza de su hijo?

Por su parte, Abigail parecía a punto de desmayarse. Con cada giro que su hija daba entre los brazos del conde, su rostro palidecía más, como si estuviera viendo el futuro de Althea escapándosele de las manos.

Si lord Durrington se enteraba de que su hija puso su atención en otro, seguro la descartaría. No creía que lord Wexford fuera a pretenderla en serio, para él debía ser solo un baile sin importancia.

Tras unos minutos, la música dejó de vibrar en el aire. Althea sintió que algo dentro de ella había cambiado para siempre. Por primera vez, no se sentía como una dama relegada a las sombras, esperando a que alguien la viera; estaba en el centro de la luz, y no lo cambiaría por nada. Lamentó que ese hermoso vals terminara. Si hubiera sido por ella, habría bailado toda la noche con su prometido.

James no podía creer que ese vals había llegado a su fin. No sintió el paso del tiempo, quería que durara más ese encuentro, no era suficiente para él.

Por primera vez en mucho tiempo, ellos se divirtieron de verdad en un baile. Sendas sonrisas

adornaban sus rostros. Sí, ese era el comienzo de su futuro juntos.

James tomó la mano de Althea, se la besó para luego pedir:

—Lléveme con su madre, le solicitaré permiso para visitarla mañana, querida.



# Seis

## «El Precio del Respeto»

Susurros de Elite, martes 2 de abril de 1816.

Si hay algo que me encanta de mi oficio son las

inesperadas sorpresas con las que nos deleitan los miembros de la buena sociedad.

Antes del viernes pasado, nadie podría anticipar que

un vals pudiera ser tan poderoso para despertar semejantes pasiones, al punto de unir a una pareja en un simple y desenfrenado «Un, dos, tres». Si no me lo hubieran contado tantas personas, no lo habría creído.

¿Y de quiénes estamos hablando? Ustedes se

preguntarán, pues se trata, nada más y nada menos, que de lord W y lady A. Mis fuentes me señalan que, al día siguiente del baile, el conde pidió en matrimonio la mano de lady A, presentándose en la casa de lady T con tres ramos de rosas, uno para cada dama residente del lugar.

Dicen que lady T apenas balbuceaba y preguntó

cinco veces si lord W hablaba en serio. Pobrecilla, de seguro pensaba que lord Fetidez era su única alternativa.

Obviamente, la respuesta que dio lady A fue una

sola; un total y categórico «sí». Entre lord Pirata y lord Fetidez la elección fue fácil de tomar para ella. Bergamota o aguas negras. Al menos, la distinguida dama ya no sentirá la palabra «solterona» soplándole en la nuca.

Ja, ja… Me encantan los finales felices.

En fin, el compromiso es casi un hecho y estoy

segura de que pronto será publicado en todos los periódicos del reino, junto con la fecha de la boda.

Para desdicha de la pareja, la única que no parece

contenta con el compromiso es la madre del conde. Un transeúnte, que pasaba frente a su casa en Grosvenor Square, atestigua que ese sábado en la mañana, solo se

escuchó un altisonante: «¡¡Sobre mi cadáver, W!!».

Este susurro, mis queridos lectores, está lejos de

disiparse. Después de todo, las madres encolerizadas pueden ser tan implacables como las deudas de juego.

Althea dejó el pasquín sobre la mesa con una sonrisa orgullosa. Bebió té. Desde el sábado anterior, sentía que esa infusión era más dulce y sus tostadas más crujientes. Lo cierto era que le importaba bien poco que lady Wexford se opusiera al enlace.

Después de todo, se iba a casar con su hijo, no con ella.

—¿Volvieron a hablar de ti? —indagó Abigail haciendo un amargo mohín, interrumpiendo el segundo de gloria de Althea. Cada vez que aparecía alguna alusión a su hija en ese pasquín, sentía que le arrancaban años de vida.

—Sí, pero ha sido divertido. —Aunque la mención de ese «Sobre mi cadáver», le produjo el impulso de reír a carcajadas, el cual reprimió para no mortificar a su madre.

Abigail lanzó un suspiro de resignación. Lo tomó y lo leyó. Althea vio cómo la cara de su madre pasaba del interés al sufrimiento, y luego… al horror.

¿Acaso no podía sentirse contenta por ella y ya?

Abigail miró a su hija con preocupación y le dijo:

—La condesa no te aprueba. No se puede empezar así un compromiso. ¿Lord Wexford no te dijo nada?

—Me lo comentó ayer en nuestro paseo en el parque. —Se encogió de hombros—. Él ya ha tomado una decisión. Ambos somos mayores de edad, la condesa no puede impedir el enlace.

Aquella respuesta no tranquilizó del todo a Abigail y aconsejó:

—Una vez que te cases, haz todo lo posible por ganar su favor, o hará de tu vida un infierno, Althea. Lo que causa conflictos en un matrimonio es el dinero, las amantes y la familia. Con las dos primeras no tienes cómo controlarlo, pero lo tercero… Tienes que poner todo de tu parte para lograr que tu suegra te acepte.

La tía Mimi chasqueó su lengua e intervino:

—Ay, por favor, Abigail, estás asustando a la niña. La condesa no va a vivir mil años, se morirá de un momento a otro.

Abigail la reprendió con la mirada. Miren quién habla de morir de un momento a otro…

—Tía, la condesa es tan solo un poco mayor que yo. Todavía le falta mucho para llegar a una edad complicada.

Mimi hizo un ademán desestimando los dichos de su sobrina, y respondió:

—Esa mujer es una víbora. Un día de estos, se morderá la lengua y morirá con su propio veneno.

Abigail negó con su cabeza, era una conversación inútil. Althea rio imaginándose a su futura suegra convulsionando y lanzando espumarajos por la intoxicación venenosa.

De pronto, Althea escuchó voces alteradas que provenían del vestíbulo. El ama de llaves no tardó en presentarse en el comedor y anunciar:

—Lord Durrington viene a visitar a lady Tisbury y lady Althea.

A madre e hija se les desfiguró la cara. Todavía no habían podido hablar con el marqués y aclarar la situación.

—¡Ja! —exclamó la tía Mimi.

—Lo recibiremos en la salita —resolvió Abigail y el ama de llaves se retiró. Miró a su hija, parecía un conejo asustado—. Será la última vez, lo prometo.

Althea asintió.

Ambas mujeres se levantaron y se dirigieron a la salita.

Se encontraron con lord Durrington mirando por la ventana con las manos en la espalda. Abigail carraspeó con suavidad para anunciar su presencia, y saludó:

—Buenos días, lord Durrington.

El marqués dio media vuelta. Con el semblante serio, observó a ambas mujeres que daban una reverencia. Sin recurrir a prolegómenos, Durrington señaló:

—Hace un rato leí el Susurros de Elite y he venido a que me aclaren la situación. ¿Todo lo que dice ese pasquín es cierto?

Abigaíl compuso una sonrisa tensa y ofreció:

—Tome asiento, si fuera tan amable y…

—No es necesario. Solo conteste a mi pregunta.

Althea y Abigail se miraron de soslayo. Ninguna de las dos se atrevió a sentarse, se percibía el ánimo belicoso del hombre.

Aparentando suma tranquilidad —porque temblaba como una hoja azotada por un huracán—, Abigail asumió la responsabilidad de contestar al marqués. Después de todo, ella fue quien alentó activamente las ilusiones del caballero.

—Es tal como dicen los rumores, milord. El conde de Wexford ha pedido la mano de mi hija, y ella ha aceptado.

Durrington asintió firme y su expresión se suavizó. Althea y Abigail volvieron a mirarse de reojo, desconcertadas. No era la reacción que esperaban.

—Entonces, todo sigue como antes… —Hizo una mueca de suficiencia y añadió—: Supongo que no hay nada más que evaluar, ya lo he decidido.

Ambas damas fruncieron el ceño, ya no sabían qué pensar. El comportamiento del marqués era impredecible.

A la postre, Althea, temerosa de la respuesta, indagó:

—¿Podría ser más específico con lo que acaba de decir, milord?

El marqués le propinó una mirada paternal, como si pensara que Althea tenía solo medio cerebro, y respondió con un tono condescendiente:

—El cortejo, pues, ¿de qué otra cosa voy a hablar, milady?

La expresión de pánico y asco transformó las graciosas facciones de Althea al replicar:

—¿Cuál cortejo?

Durrington, con una expresión que iba entre la indolencia y la inocencia, la señaló a ella y a él con su índice. Althea, horrorizada con la insinuación del marqués, dijo:

—Pero ¿es que no acaba de escuchar a mi madre? Estoy comprometida con lord Wexford, milord. Usted no me puede cortejar.

Lord Durrington suspiró. Ah, esa niña no sabía nada de la vida, y contestó:

—Su madre dijo que lo que sale en el pasquín es cierto, y lo cierto es que la condesa viuda no la aprueba.

—Pero eso no impide que me case con él.

Durrington sonrió, compasivo:

—Usted es una niña que no sabe cómo funciona el mundo. Si una madre se opone tan fervientemente a un compromiso, el rompimiento es lo que sigue. En su caso, seguro que se convertirá en el compromiso más corto de la historia… —Durrington ignoraba cómo Althea entreabría su boca de pura indignación. El añadió, indiferente—: Sea digna, lady Althea. Créame, soy su mejor opción. Un hombre como yo puede ofrecerle estabilidad, estatus... Ahórrese el mal rato, no querrá ver su nombre arrastrado por el fango del escándalo cuando Wexford, impulsivo como es, rompa este compromiso. Hágalo usted primero y salvaguarde su honor. Seré un pretendiente generoso, incluso después de todo esto.

Althea alzó su barbilla y contestó firme:

—No, milord. No haré tal cosa.

—No sea obtusa, no la esperaré toda la vida. Asúmalo, querida. Lord...

Durrington infló su pecho, listo para continuar con su inacabable sermón, mas su ceño se frunció. Una silueta de hombros anchos apareció detrás de Althea.

Ella sintió su presencia, percibió el aroma a bergamota, y el aire se volvió cálido, denso y pesado, como una inmensa manta protectora. La voz grave y severa de Wexford, afilada como una navaja, rasgó el aire:

—La dama dijo que no, Durrington. ¿Aparte de ser desatinado es sordo?

Durrington bufó y lo acusó agitando su dedo índice:

—Usted sabe tan bien como yo que ese compromiso no tiene futuro.

James se cruzó de brazos y arqueó una ceja. Vaya atrevimiento del pestilente marqués.

—No sé cómo serán las cosas en la República de la Estupidez, pero aquí en Inglaterra Lady Althea se casará conmigo, no con mi madre. Si a la condesa viuda no le gusta, es su problema. Se puede ir a vivir a China si no tolera la situación.

Durrington jadeó, entre ofendido e irritado, e interpeló:

—¿Qué clase de hijo es usted?

James impostó su voz para que sonara más fuerte, clara y firme para decir:

—Uno que, gracias a su prometida, aprendió a no hacer amenazas en vano. Mi madre no tiene, ni tendrá injerencia en mis decisiones. Así que le pido que no vuelva a importunar a lady Althea. Me basta con que ella me acepte por voluntad propia.

—Solo lo acepta porque es usted joven.

—De eso se trata el consentimiento. Ella es libre de elegir lo que le plazca… Además, me ha elegido porque huelo a bergamota y menta.

El rostro de lord Durrington enrojeció a tal punto que ya solo resaltaban sus ojos como globos a punto de reventar. Miró a Althea y advirtió:

—Ya se acordará de mí cuando este muchacho se quede en la bancarrota con sus ridículas inversiones, y usted tenga que mendigar… Y yo estaré ahí para lanzarle monedas y reírme en su cara.

Althea abrió su boca y su piel enrojeció. Abigail temió lo peor, mas no la detuvo, sabía muy bien lo que iba a pasar. Su hija no era de las que gritaban cuando se enfurecían, pero sus palabras

se volvían tan letales como comedidas …

—Milord, realmente admiro su talento para hablar con tal confianza, incluso cuando todo lo que dice es un desfile de estupideces. Su capacidad de pronunciar palabras sin ahogarse en su propia saliva es casi un milagro de la naturaleza. —Hizo una breve pausa, para regodearse del impacto de Durrington con sus insolentes palabras, que fueron como un balde de agua fría. Althea, envalentonada, esbozó una altiva media sonrisa y continuó—: Me importan veinte mil hectáreas de cominos si el conde queda en la ruina. No será la primera vez que yo pase por eso, pero dudo que Wexford lo permita. Así que recuerde mis palabras, prefiero mendigar al lado de un hombre que me respeta y me trata como un ser humano, en vez de ser la esposa de uno que ni siquiera se toma la molestia de lavar sus dientes, y que cree que soy una yegua de cría. Hágame el favor y retírese de mi casa, antes de que tome mi papel de señorita, lo guarde y lo empiece a insultar como un marinero. Hasta su difunta madre aullará desde su tumba con todas las groserías que le propinaré.

En ese momento, James pensó que nunca intentaría hacer enfadar a su futura esposa a propósito. Posó sus manos en los hombros de Althea y añadió:

—Ya escuchó a la dama, milord.

Durrington miró a la pareja, lanzando millones de maldiciones mentales, y se marchó echando fuego por los ojos.

Abigail soltó todo el aire que tenía en sus pulmones y murmuró:

—Espero que esto no traiga consecuencias.

James aseveró:

—No las habrá, lady Tisbury… —Dio un leve apretón a los hombros de Althea para llamar su atención—. Bien hecho… Me hubiera encantado que Durrington fuera más estúpido, solo para escuchar sus insultos de marinero.

El rostro de Althea se incendió aún más. Aquello era como una maldición, cualquier emoción intensa le enrojecía la piel y ella no se daba cuenta. Solo cuando estaba avergonzada sentía el calor en sus mejillas.

—No diga sandeces, lord Wexford. —Dio media vuelta—. Ese es mi último recurso… ¿Leyó el Susurros de Elite?

—Me he vuelto aficionado gracias a usted. Venía a ver si todavía quería continuar con el compromiso, pero ya solo con ver la vehemencia con que defiende lo nuestro, quedé convencido de que así será. Mi madre tendrá una digna oponente.

Una sonrisa bailó en los labios de Althea, la femenina arrogancia centelleaba en sus ojos al decir:

—Por supuesto.

James asintió con su cabeza, orgulloso. Dirigió su atención a Abigail y pidió:

—Si no es demasiado atrevimiento, milady, me gustaría conversar un momento a solas con lady Althea.

Abigail observó la interacción entre su hija y el conde. Estaba aturdida por el inaudito trato entre ellos; irreverente y natural. La manera en que él la miraba, cómo su voz parecía bajar un tono cuando le hablaba, y la forma en que Althea se atrevía a replicarle, sin miedo. Ni en un matrimonio de muchos años vio tal complicidad. Parecía que llevaban siglos de casados, en vez de estar comprometidos solo un par de días.

Y lo que menos entendía era el motivo por el cual el conde pidió la mano de Althea de un modo tan repentino. Pero de algo estaba segura, ese hombre tan impetuoso y extraño podría ser lo mejor que le había pasado a su hija.

A todas luces, era mejor Wexford que Durrington. Abigail parpadeó, tardó un segundo en comprender la petición del conde y respondió:

—Siempre y cuando esta puerta permanezca abierta.

—Así será.

Abigail los dejó a solas. James le sonrió a Althea y le tomó las manos, conminándola a que se sentaran juntos en la chaise longue. Un extraño silencio se cernió entre ellos. James le acariciaba los nudillos a Althea y ella se vio invadida por un leve cosquilleo. Era la primera vez que sentía el calor de su piel.

Ambos suspiraron al mismo tiempo. Althea decidió que era el momento de romper ese silencio, y dejar un asunto en claro antes de seguir avanzando en su compromiso. Inició la conversación diciendo…

—Vaya fastidio que es a veces ese pasquín, no sé cómo se enteran de todo.

James, más pendiente de la suavidad de la piel de Althea que del pasquín, respondió:

—Deben tener informantes en todas partes, es lo único que se me ocurre.

Althea asintió y les dio un ligero apretón a las manos de James. Él la miró a los ojos.

—Milord, a propósito de ello… Quiero que sepa que nunca dije nada a nadie acerca de lo que pasó en la biblioteca.

Él esbozó una sonrisa y asintió.

—No se preocupe. Ese día no fui el epítome de la discreción. Además, no me la imagino siendo la fuente del pasquín que siempre habla de sus singulares peripecias con su nefasto expretendiente… A menos que le paguen muy bien.

—¿Pagan por ser fuente?

James rio a carcajadas. A Althea le sorprendió esa reacción, mas pronto se contagió de esa risa masculina y jovial.

—Usted es tan inocente, querida… —Risas—. Por supuesto que pagan por un buen chisme. Mientras más escandaloso, mejor.

—De haber sabido antes… —Risas—. Ya sería más rica que Creso.

Y qué raros eran los rumbos de los pensamientos. Las risas de Althea murieron cuando pensó que, de haber sabido que pagaban por los chismes, se habría dedicado a venderlos, en vez de caer en la desesperación, y aceptar la presión de su madre y los avances de Durrington.

James también dejó de reír. El color de los ojos de Althea habían pasado del verde cristalino a un tono menos vivaz. Qué curioso, parecía triste.

—¿Pasa algo, lady Pequeña? —preguntó James, intentando mejorar la expresión de Althea.

Negó con suavidad.

—No tiene importancia.

—Sí la tiene, querida… Nos vamos a casar, todo lo que le suceda es importante para mí. —Althea ladeó su cabeza, interesada con esa aseveración. James prosiguió—: Sé que nuestro enlace es por conveniencia, pero no por eso tiene que ser frío. Si es posible, me gustaría tener una relación cercana con usted.

—¿Cercana? ¿Podría ser más específico, milord?

—No me gusta la idea de tener un matrimonio donde cada uno haga su vida y solo se reúnan para eventos sociales y… concebir un heredero.

Althea entreabrió la boca sin saber qué decir. Intentó imaginar una relación cercana con Wexford, mas le era difícil. La idea que tenía de un matrimonio convencional era muy diferente a la del conde. Sus padres apenas conversaban en el desayuno, eran como dos extraños unidos por una transacción económica, en el que no había cabida para algo tan irrelevante como lo eran los afectos. Esa distancia se agudizó entre ellos cuando su hermano menor falleció a los doce años. A Althea no le gustaba recordar su agonía, el dolor de su madre, las discusiones, el silencio. Más allá de eso, no sabía cómo era un matrimonio, aparte de sus deberes como esposa. Creía que así eran todos, hasta que James, con su brutal honestidad, habló de cercanía, calidez.

La idea era desconcertante… y tentadora. Por primera vez, se preguntó si ella también podía aspirar a algo más que los deberes y las expectativas. ¿Podría, tal vez, encontrar en James no solo un compañero, sino también un refugio?

Se repuso de la impresión y preguntó:

—¿Quiere pasar tiempo conmigo? ¿Algo así como un cortejo en el matrimonio?

A James le sorprendió que esa pregunta definiera muy bien lo que pretendía, y convino:

—Así es… Mi madre suele decir que un matrimonio es exitoso cuando los esposos son los mejores amigos, y las amistades deben cultivarse para que perduren. —Althea alzó una ceja, incrédula de que lady Wexford pudiera tener un concepto del matrimonio tan visionario y sensato. James añadió—: Pese a su comportamiento en los últimos meses, mi madre es una persona razonable, y hasta me atrevería a decir que es muy simpática. Solo que ha sido muy exigente con las cualidades que debe tener la futura condesa… No se lo tome personal, según ella, nadie es digna. Espero que cambie de opinión cuando la conozca mejor.

—Bueno, no está colaborando mucho a la hora de conocernos —ironizó Althea.

—En eso tiene razón. El asunto es que quiero tener ese tipo de relación con usted. Ojalá funcione, no me agrada la idea de serle infiel… o que usted lo sea. En esa situación perderíamos el respeto que sentimos el uno por el otro. Lo ideal es que surja el afecto.

«Qué directo», pensó Althea. Le agradó que Wexford no se fuera por las ramas o que fuera un hipócrita.

—Me gusta la idea de tener una relación cercana… Usted me agrada de muchas formas —confesó—. Disfruto el tiempo que pasamos juntos.

—El sentimiento es mutuo, por eso tengo esperanzas de que será un matrimonio exitoso… Bien… Otro asunto que venía a conversar con usted son los términos económicos.

—Usted ya sabe que mi dote…

—No necesito su dote. Usted me va a entregar algo más valioso que una propiedad o dinero… Me va a dar su vida, su tiempo. —«Su cuerpo», pensó. Una imagen fugaz y erótica de ella debajo de él, alcanzando el clímax, lo estremeció—. Eso no se puede medir con materialidades. Seré un esposo generoso con su asignación y, además, tendrá un fideicomiso, el cual podrá administrar y hacer crecer si es sabia.

—Yo no entiendo nada de esas cosas, milord.

—Yo le enseñaré. Después de todo, usted es una mujer que aprovecha todas las oportunidades que se le presentan. —Arqueó una ceja—. Sé cómo resolvió mi desafío. Tuvo el valor de preguntarle a mi madre, ¿cierto?

—La condesa fue amable conmigo, solo porque no mencioné a su adorado hijo.

—Eso fue muy astuto, no me esperaba menos… Bien, tengo un último asunto que resolver con usted. ¿Cuánto tiempo quiere que dure nuestro compromiso?

—Si le soy sincera, la actitud de su madre me hace considerar que sea muy corto.

—¿No le importan las habladurías?

—La verdad es que ya hablan de mí. Si insinúan que nuestro enlace es por saldar una deuda de honor, será lo de menos. A esas alturas ya seré la condesa.

—Pienso de la misma manera. Mi abogado redactará nuestro contrato. Cuando usted lo acepte, fijaremos la fecha del matrimonio.

—Muy bien, estoy de acuerdo.

James asintió. Muy a su pesar, soltó a Althea, se levantó y se inclinó ante ella empuñando las manos en el proceso. Ella también se puso de pie e hizo una reverencia.

—Que tenga una excelente tarde, querida.

—Usted también… querido.

Cuando Althea se quedó sola en la estancia, se dio cuenta de que ella también tenía las manos empuñadas, como si tratara de retener el calor que James había dejado en ellas.

No quería abrirlas, temía que el tenue calor de él se escapara junto con esa chispa de esperanza que él encendía.

Era absurdo…

Sin embargo, cuando las abrió, una gélida sensación la invadió, mas solo por un instante. Ahora sabía que ese calor no dependía únicamente de sus manos, sino del hombre que había tomado la misión de sostenerlas. Y, por primera vez, se permitió creer que él cumpliría su promesa.



# Siete

## «Promesas y helados»

Tres días después, temprano en la mañana, James bajaba por la escalera. Se ajustaba el sombrero y notó que su madre lo esperaba al pie. No le hablaba desde que él le informó que se había comprometido.

Le sonrió, él no era el que estaba en pie de guerra.

—Buenos días, madre —saludó al llegar frente a ella.

Julia no desperdició su tiempo y atacó:

—¿Una asignación de cincuenta libras mensuales? ¿Fideicomiso? ¿Compensación en caso de no tener hijos? ¿Qué más le vas a dar? ¿Un pony?

Los cuestionamientos de su madre respecto al acuerdo nupcial le daban la satisfacción de que no soportó el silencio por mucho tiempo. El día anterior se reunió con su abogado en su despacho. Su madre debió haberse enterado de los detalles pegando su oreja en la puerta.

James hizo una mueca, era muy buena la última idea que lanzó su madre y dijo:

—Fíjate que un pony no es una mala opción, con lo pequeña que es mi prometida, un caballo sería un exceso.

—Estoy hablando en serio, Wexford. ¿No crees que estás siendo demasiado generoso con una joven sin dote?

—Precisamente. Conozco cómo es Althea, sé que le dará parte de la asignación a su madre para no dejarla desamparada. Es inteligente, aprenderá a multiplicar su dinero si se lo propone… Y sobre la compensación. ¿No crees que es poca cosa concebir y arriesgarse a la muerte? Sabes muy bien lo que es perder un bebé y casi morir.

—Ese fue un golpe bajo, Wexford. —Y ese era el motivo por el cual James era hijo único. Después de él, algo pasó en el cuerpo de Julia que ya no pudo llevar a término ningún embarazo. Su esposo la comprendía y la amó todavía más. Al punto de hacer todo lo posible para evitar dejarla encinta. Cuánto lo amó, cuánto lo extrañaba.

James se dio cuenta de su error. No logró controlar la velocidad de sus pensamientos hasta que esas horribles palabras salieron de su boca, y es que la mayoría de las veces no tenía que hacerlo frente a Julia.

—Lo sé… Lo siento, madre, me excedí… Pero es que quiero que entiendas que mi generosidad es la misma que tuvo mi padre contigo. ¿Por qué juzgas a lady Althea sin conocerla?

—Actuó de mala fe. De haber sabido que la estaba ayudando a casarse contigo con ese estúpido desafío, le habría cambiado las palabras.

—Si hizo lo que hizo fue porque… Bueno, tu reputación te precede… No subestimes el ingenio de mi prometida, ni la firmeza de mi determinación.

—Solo está interesada en tu fortuna.

—¿Y no son esas las reglas?

—Sabes que puedes torcerlas.

—Siempre lo hago madre, que tú no lo veas es otra cosa. Ahora si me disculpas, iré a ver a mi prometida. Debemos firmar el acuerdo nupcial.

Julia se quedó mirando la espalda de su hijo, y se cruzó de brazos en un intento de mantenerse firme, aunque fuera una simple fachada. La vehemencia de las palabras de James la desconcertaba. ¿Era solo por contrariarla o porque de verdad él deseaba un enlace con esa pequeña deslenguada?

Algo en su corazón la inquietaba. Ella había adorado al padre de James y sabía lo terrible que era comprometerse para siempre con la persona equivocada. Un fracaso monumental y un desperdicio de vidas. Vio cómo alianzas mal pensadas arrastraban familias enteras al sufrimiento, convirtiendo las promesas hechas en el altar en una cadena de resentimientos, de odio y de pesar.

No podía permitir que su único hijo cayera en esa trampa y terminara pagando el precio de una mala e impulsiva decisión.

*****

La mañana fue larga y agotadora para Althea. Después de haber firmado el acuerdo con Wexford, fueron a la iglesia a fijar la fecha de su matrimonio. Apenas le daba tiempo para preparar su ajuar de novia, pero aquello no la desanimaba. Sabía que todo sería especial.

En un mes más sería la esposa de James, la nueva condesa de Wexford.

Como estaban comprometidos, no era necesario que llevaran una carabina. Paseaban tomados del brazo por Berkeley Square, rumbo al Gunter’s Tea Shop. La primavera en toda su magnitud los abrazaba con un tibio calor e inundaba sus sentidos con el aroma a flores y verdor.

Conversaban de todo un poco. Hablaban de sus familias, de sus infancias, lo que les gustaba, lo que les desagradaba y, por supuesto, también del tiempo.

Por su paso dejaban miradas especulativas y susurros disimulados. La dispar pareja llamaba la atención por donde fueran. Althea no se dejaba intimidar, alzaba su barbilla con clase y distinción. James con su porte altivo y su férreo agarre la llenaba de seguridad. A él parecía no afectarle el revuelo que estaban causando. Su actitud era la de un hombre acostumbrado a lidiar

con el peso del mundo y hacerlo parecer ligero. Eso la tranquilizaba, pero a la vez la inquietaba. Vaya dicotomía. ¿James sería capaz de sostener esa calma cuando se conocieran de verdad? ¿O solo era una farsa que se evidenciaría cuando se casaran?

Él saludaba a conocidos con inclinaciones de cabeza, mas ninguno los detuvo para charlar y obtener algún detalle jugoso de ese inaudito compromiso. La expresión severa del conde no les permitía a los curiosos a avanzar más allá de las superficiales cortesías. Althea admiró en silencio lo natural que parecía James en su rol protector. ¿Siempre era así de atento? Su madre le insistía en que no debía confiarse, que después del matrimonio los hombres mostraban su verdadero carácter, pero él parecía decidido a demostrar cómo era desde el comienzo.

Entraron al pequeño salón de té, era más íntimo y tranquilo. Por eso mismo decidieron llegar a pie en busca de intimidad; la acción y el atractivo del Gunter's se encontraba en la plaza, donde se congregaban los carruajes. Los meseros corrían a tomar pedidos y servir helados, eran como abejas obreras yendo de aquí para allá en la colmena.

James, como todo un caballero, le movió la silla a Althea para que ella se sentara. Acto seguido, él se situó al frente. Un mesero apareció enseguida para tomar su pedido.

Ambos probarían el famoso helado. James optó por el de flor de sauco, y Althea prefirió el de chocolate y cereza.

Cuando el mesero se retiró, se cernió entre ellos un cómodo silencio. James le tomó la mano a Althea, era su nuevo pasatiempo, le encantaba entrelazar sus dedos con los de ella, evidenciando el contraste de sus tonos de piel. La delicada y diminuta mano se perdía entre las suyas.

—Estoy pensando en qué tipo de anillo le gustaría para nuestro matrimonio. —La miró a los ojos—. Definitivamente, debe llevar una esmeralda o un jade.

—¿Por qué?

—Por sus ojos… Apuesto que le han dicho muchas veces que son preciosos.

—Sí, es lo único que atinaban a elogiar los caballeros… —Esbozó una sonrisa—. Pero usted nunca lo ha hecho hasta ahora.

—Es más llamativa su forma de ser que el color de sus ojos. Pero siempre me han impresionado, cambia el tono dependiendo de la luz. No es lo mismo de día, de noche, si está soleado o nuboso… Incluso cambia cuando está furiosa o… como ahora que se ven más cristalinos y brillantes… Son realmente fascinantes.

Althea se ruborizó. Ningún elogio a sus ojos podía superar las palabras de James. En honor a la verdad, replicó:

—A mí siempre me ha gustado su voz.

—Sus gustos son peculiares, mi voz intimida a la mayoría de las damas.

—No sé, tiene algo singular que me produce una sensación que no sabría explicar. Pero cuando habla en español… esa misma sensación se intensifica. Se me eriza la piel y… —Bajó la mirada. Había hablado demasiado y se sentía vulnerable al confesar algo tan íntimo… Era como estar desnuda. Sin embargo, había algo liberador en ello. Si James era capaz de aceptarla tal como era, con sus debilidades y fortalezas, quizás habría esperanza de afianzar ese lazo que los unía. De momento, la única certeza que tenía era que, si quería que su relación progresara, debía ser honesta y también aprender a confiar en James, por lo que añadió—: Y siento que, de alguna forma, usted entra en mí, se queda dando vueltas en mi cabeza…

James esbozó una media sonrisa arrogante, impostó su voz para que fuera más suave y seductora, y dijo en español:

— Creo, mi querida Althea, que mi voz la excita… ¿Le parece bien si nos tratamos con menos formalidad?

Althea se tapó la cara con las manos. No tenía idea de lo que le había dicho James, pero fue como si le hubiera acariciado la piel de todo su cuerpo. Ni siquiera pudo reprimir el escalofrío que le provocó.

James rio bajo, casi como un gruñido. Althea se abanicó la cara y repuso:

—Oh, voy a tener que aprender español, o usted quién sabe qué cosas dirá, y yo no entenderé… ¿Qué fue lo que dijo ahora?

Él respondió con una verdad a medias, no quería escandalizar a su prometida… Aún no, eso sería en la noche de bodas.

—Solo dije que a usted le fascina mi voz… y si le parece que dejemos las formalidades, tratémonos con nuestros nombres de pila.

—Es… estoy de acuerdo… James.

—Fabuloso, Althea

En ese momento, el mesero llegó con los helados y sirvió. Althea sonrió, emocionada, nunca lo había probado, era un verdadero lujo.

Enterró la cuchara en la bola de chocolate y sacó un bocado, mas no lo probó de inmediato y dijo:

—Tus ojos son como el chocolate, James. —Él la miró, justo en el instante en que ella se llevaba la cuchara a la boca.

Fue como caer en un hechizo. Sus ojos siguieron el movimiento de esos labios, del roce de la lengua contra la cuchara, la manera en que se formaba una ligera sonrisa, como si desafiara a su autocontrol. Y entonces, llegó lo peor… Un gemido de placer se escapó de ella, tan tenue como devastador. Ella era un pianista que tocaba la tecla precisa, logrando un sonido perfecto y evocador. Algo rugió en su interior, el impulso primitivo de besarla, desnudarla y arrancarle más

sonidos como ese. Le costó toda su fuerza de voluntad mantener sus bajos instintos a raya.

Althea, ignorante de la lucha interior de James, comentó:

—Es una verdadera delicia… digo, el helado. ¿Quieres probarlo?

Le encantaba Althea, devolvía todos sus golpes, ya fuera a propósito o no.

—Sí, dame… de tu cuchara.

Althea parpadeó, titubeó por solo un segundo, y tomó el desafío. Sacó un bocado y se lo ofreció.

James probó, saboreó… Sí, era una delicia. Sonrieron. Ella preguntó:

—¿A qué sabe el de flor de sauco?

—Ni idea. Es la primera vez que entro a este lugar. ¿Quieres?

—Sí…

Y así, ambos compartieron el helado; probaban de la copa del otro, mezclaban sabores, bromeaban, reían. Pidieron más; flor de jazmín, pistacho, café con leche, vainilla y bergamota, e hicieron de esa experiencia algo inolvidable.

A medida que compartían el helado y las risas, las palabras llenaban el espacio entre ellos. Althea sintió algo extraño, como si ese momento fuera demasiado perfecto, demasiado fácil para alguien como ella. ¿Se iba a entregar a esa chispa de felicidad? Apretó los labios para reprimir el impulso de vacilar y decidió disfrutar el presente. Aunque fuera solo un instante, lo recordaría toda la vida.

—Tienes una mancha a tu derecha —señaló James. Althea, sin ningún remilgo, sacó la lengua para lamer, pero no alcanzaba—. Espera, querida. —Con su pulgar limpió la piel, dejó su mano quieta, percibiendo el tenue calor un poco más de lo apropiado—. Ya está, como nueva.

Se chupó el dedo y le sonrió. Althea todavía podía sentir el toque cálido de la mano de James. Se preguntó cómo se sentiría ser acariciada por él. Era impactante que una mano tan grande fuera tan sutil.

Soltó un suspiro. Le alegraba el alma no tener un compromiso largo… Tal vez se estaba enamorando. Era un pensamiento aterrador a la par de reconfortante. Como si fuera un salto al vacío, con la certeza de que sería atrapada justo antes de llegar al fondo. ¿Podría confiar en que James la sostendría, no solo con la fuerza de sus brazos, sino con todo su ser, toda su alma? Suspiró dejando que esa idea se asentara en su mente y en su corazón, y se sintiera como la promesa de que vendría algo mejor.



# Ocho

## «Escándalo y pasión»

Susurros de Elite, martes 9 de abril de 1816.

Hay dos cosas que aceleran un matrimonio: una

virtud mancillada o un progenitor que se opone.

Tal parece que la segunda opción es el motivo por el

que tenemos esta primicia. El día 3 de mayo, lady A se convertirá en la nueva lady W, lo que nos dan justo las tres semanas de rigor en las que deben ser anunciadas las amonestaciones.

Por otro lado, durante los últimos días, se ha visto a

la pareja dando paseos matutinos a pie por Berkeley Square, o en un carruaje abierto en Hyde Park. Hasta podría decirse que se ven enamorados; en sus rostros hay sonrisas y miradas tiernas, actitudes que ya quisieran varias parejas que llevan meses o años de compromiso.

También se le vio al conde entrando a una exclusiva

joyería, es evidente que no usará el anillo tradicional de la familia para su boda. Lo cual indica que las cosas están más que tensas en casa.

¿Qué dirá lady W? ¿Escucharemos su grito de furia

hasta este humilde rincón de Londres? ¿Se opondrá en algún punto de estas tres semanas de amonestaciones? ¿Qué prueba presentará para impedir la unión de la feliz pareja?

Estaré atenta a ese susurro… Bueno, la condesa de

W no susurra, da alaridos.

Althea y James paseaban por Hyde Park tomados del brazo. Él no imaginó hasta qué punto disfrutaría cortejándola, sentía que podría hacerlo toda la vida. Con cada hora que pasaban juntos, más le fascinaba la forma de ser de su prometida; abierta, sagaz, ingeniosa. Su elocuencia corroboraba lo inteligente y vivaz que era, sin dejar aparte su otro lado, el más sensible y receptivo. Ella no temía a hablarle con franqueza y él respondía de la misma forma.

Debía admitir que la primera vez que la vio, mucho antes de su primer encuentro, ella le llamó la atención. Althea conversaba con lord Durrington, todo parecía natural. No obstante, percibió —o tal vez fue su imaginación— que la dama deseaba salir corriendo. Fue solo un segundo en que su mirada se cruzó con la de ella y lo vio todo.

Volvió al momento.

—James, querido —lo llamó Althea—. ¿Esa mujer no es tu madre?

Él miró al frente y sus ojos casi salieron de sus cuencas. Julia se acercaba a ellos con un papel en la mano.

El Susurros de Elite.

—¿¡Qué significa esto!? —increpó, fulminando a su hijo con la mirada.

James no alcanzó a contestar. Althea se aferró más a su brazo y terció:

—Si no entiende lo que lee, no es nuestro problema, milady.

James arqueó sus cejas y miró a Althea. La piel de su prometida había enrojecido como un adorable tomate. Luego su atención voló hacia su madre, estaba indignada. Resolvió no intervenir, ya había tenido suficientes e infructuosas discusiones. Su decisión no iba a cambiar.

—Pero ¡qué insolencia! ¿Es que no dirás nada, Wexford? —James solo hizo una mueca y negó con su cabeza—. ¿Dejarás que esta niña hable por ti? —La boca de Julia era una línea apretada y miró a Althea. Jamás la habían desafiado de esa manera y graznó—: Solo te quieres casar con él por su posición y dinero. Eres una interesada.

—Como todas las mujeres solteras de este país, milady. Sin embargo, no me casaré con él solo por eso.

—No me digas que te has enamorado —ironizó—. No lo conoces ni hace cinco minutos.

James sintió que Althea le apretaba más el brazo. Notó como el níveo pecho subía y bajaba. Su prometida estaba nerviosa, pero no se dejaba amedrentar.

Althea sintió que su garganta se apretaba ante esas palabras que se repetían en su mente. ¿Estaba enamorada? ¿Era amor lo que sentía por su prometido? Lo cierto era que no estaba segura del todo, lo único que sabía era que deseaba defender su relación con James con dientes y uñas. Y cuando levantó la mirada y se cruzó con la de él, no tuvo dudas. Él la veía como ella a él y supo que no le importaba lo que dijera Julia. No permitiría que menospreciara lo que estaban construyendo, porque para ella ya era sagrado.

No hubo vacilación en su voz cuando dijo:

—¿Sabe? Yo pensaba que usted era quien influenciaba en su hijo para que fuera un ser tan extraordinario. Quizás me equivoqué y lo fue su difunto esposo. James es lo que cualquier mujer sueña como hombre, y me siento muy feliz y afortunada de ser su futura esposa. —Y al terminar de decir esas palabras, Althea debió admitir que cada día que pasaba, el cariño que sentía por James se transformaba y crecía en su corazón a pasos agigantados. Pero estaba harta de la irracional oposición de la condesa. No le importaba si él tardaba en corresponderla, ella ya estaba teniendo más de lo que hubiera imaginado en un matrimonio; respeto, consideración, amistad y

cariño—. Aunque no lo crea, quiero mucho a James. Es imposible no sentir algo por él, es maravilloso. Y si no tiene nada bueno que decir, la invito a que deje de importunarnos. Pronto tendré el honor de ser la esposa de su hijo, no me retractaré. Estaré a la altura de lo que él y el condado necesita.

—Te falta mucho para ser digna del condado de Wexford, muchacha.

Julia sentía cómo la ira trepaba desde el pecho hasta su garganta, mas no solo era rabia, sino algo más. También había miedo, incertidumbre. ¿Qué sabía esa pequeña testaruda del sacrificio que requería ser la compañera de un hombre como James? ¿De las responsabilidades que acarreaba el condado, de las miradas escrutadoras, los cotilleos, las críticas que siempre recaerían sobre ellos si ella fallaba? No podía permitir que James se casara con una joven que no estuviera a la altura de esa carga.

Ante la beligerancia de Julia, James sintió que la sangre le hervía. Althea ya había defendido su relación con fiereza. No imaginaba a ninguna otra mujer poniéndose al nivel de su madre y sintió orgullo por su prometida. Su corazón latió más rápido cuando respondió con severidad:

—No hay mujer más digna del título que Althea, madre. No me imagino casado con otra persona que no sea ella… ¿Acaso no entiendes? Es la única que me da tranquilidad, todo es mejor cuando empiezo el día a su lado. No puedo pedir nada que supere eso, es más de lo que imaginé. La adoro. —No le importó exponerse, tal como Althea, iba a reconocer a viva voz que ese enlace ya no era solo conveniencia—. Madre, si sigues con esta actitud, lo único que conseguirás será no conocer a tus nietos.

La condesa bufó y masculló:

—Ya lo veremos.

Como si de una tormenta se tratara, la calma llegó cuando Julia se marchó, levantando una dramática nube de polvo con su vestido.

Y mientras la condesa caminaba, su ánimo se desplomó. ¿Acaso estaba cometiendo un error? Debía reconocer que la fiereza que demostró la joven la impresionó, era lo que necesitaba para soportar el peso del título, pero no la convencía del todo. Podía ser solo una buena actriz… James dijo que la adoraba, jamás había sido tan abierto y directo, ¿será cierto o solo fue para fastidiarla?

Dios, no quería ser la villana en esa historia, ¿qué madre se quiere enfrentar a su propia sangre, a la persona que ama más que todo en su vida? Si George estuviera vivo, sabría qué hacer, qué decir. Él siempre supo cómo manejar esas situaciones con sabiduría, ecuanimidad y calma. Ella solo tenía su orgullo, su genio... y su amor por James

Pero como se llamaba Julia Cameron, lo iba a averiguar.

Entretanto, James y Althea soltaron el aire de sus pulmones y notaron que muchas personas habían presenciado la escena de la condesa. Miraron hacia el frente y prosiguieron con su paseo fingiendo que estaban tranquilos, mas sus corazones latían frenéticos, al mismo compás.

Con una sonrisa nerviosa, Althea preguntó:

—¿Tu madre siempre es tan teatral?

—Oh, es peor, solo has visto el ensayo general. Cuando estrena es una verdadera joya. —Y rio suave—. Pero debo admitir que prefiero sus comedias, en vez de sus dramas.

Ambos suspiraron.

—¿Crees que esto saldrá en el próximo Susurros, James? —En su interior pugnaba la vergüenza y la resignación.

—Estoy seguro de que así será, querida. —Sonrió y la miró de reojo—. Pero esta vez dirán la más absoluta verdad: lord W adora a lady A. También escribirán que te sonrojaste como un hermoso tomate al enfrentar a mi madre.

—Pues yo diré que tú también parecías uno al ver cómo te defendía, soy tu dama de brillante armadura.

James se llevó la mano al pecho, y fingiendo estar en apuros dijo:

—Ah, mi heroína.

Althea sonrió.

No obstante, ambos percibían el murmullo de los curiosos a sus espaldas, como una llovizna que amenazaba en convertirse en una tormenta. Althea sintió el calor en sus mejillas, consciente de que cada palabra que saliera de su boca sería reproducida en el Susurros de Elite. Sin embargo, no se acobardó. Caminó junto a James, aferrándose a la cálida sensación de estar unida a él, tomada de su fuerte brazo. Si algo había aprendido en las últimas semanas, era que la dignidad era la mejor defensa.

James, por su parte, no soportaba más el escrutinio. No por el qué dirán, sino por ser el centro de atención. Anhelaba con su vida tener un momento a solas con esa pequeña gigante.

Avanzó lo suficiente para encontrar la oportunidad precisa. No pasó mucho rato y la halló. La guio fuera del camino, hacia un árbol añoso e imponente rodeado de altos arbustos. Necesitaba privacidad, por Dios que la necesitaba.

Cuando se vieron a solas, todo el cuerpo de Althea temblaba. No podía dejar de mirar a James ni su boca cuando él preguntó:

—¿De verdad me quieres?

—Sí…, no pensé que podría ser posible, pero es la primera vez que siento algo así. —Ladeó su cabeza y, apelando a la experiencia que él aparentaba tener, preguntó —: ¿Adorar es más que querer?

—Creo que estoy en desventaja. Tendré que hacer algo más para que me llegues a adorar.

—Con un toque tan firme como delicado, alzó la barbilla de su prometida. La mirada de James alternaba entre los ojos verdes y los labios rosados—. ¿Te puedo besar?

Althea solo asintió y cerró sus ojos.

Ninguno pudo predecir lo que les hizo sentir ese beso. Eran más que labios acariciándose y descubriendo el sabor de sus bocas. Eran dos corazones que estaban resignados a un matrimonio por conveniencia, con la única esperanza de tener una relación pacífica y cordial. No obstante, en el fondo, ambicionaban más, y ese beso les estaba demostrando que, a veces, había que tener suerte para estar en el momento correcto, para conocer a la persona correcta.

Gentil, cuidadoso, James fue profundizando poco a poco ese beso, seduciéndola, despertándola, tanteando sus labios con la lengua, y Althea lo seguía, aprendía y pronto comenzó a demandar más.

James gruñó cuando ella abrió un poco más la boca y le permitió entrar. Sus lenguas se probaron y danzaron al son de sus respiraciones agitadas. La atrajo hacia él, no pudo resistirse a sentirla entera, pequeña mas no frágil, pues esas diminutas manos se aferraron a su cintura con la fuerza de una leona.

Un calor abrasador lo consumía, pero no era solo deseo, también era el impulso de protegerla, de no arruinar ese instante, ser el hombre que ella merecía y necesitaba. Debía domar su instinto, ya llegaría el momento y lugar perfecto.

Mientras tanto, tomaría de ella todo lo que pudiera.

Aquel beso le revelaba a Althea cosas que desconocía de sí misma, que nunca imaginó. La pasión no era lo único que bullía en su corazón, sino ese anhelo de pertenecer a alguien que la comprendiera de esa forma tan íntima.

El calor que compartían sus cuerpos alineados les estaba haciendo perder la razón. Althea comenzó a sentir un estimulante hormigueo que bajaba desde su corazón y se asentaba entre sus piernas. James estaba a punto de explotar con tan solo sentir cómo su miembro pugnaba por romper el pantalón.

—Debemos parar —rogó Althea sobre los labios de James, con el último vestigio de cordura. Estaba teniendo pensamientos libidinosos y sentía que le palpitaban partes de su cuerpo que solo supo de su existencia cuando leyó los libros de Mimi. No imaginó que con James también se sentiría así.

—Debemos, debemos… lo sé —convino, mas no se detenía. Nunca antes un beso lo había afectado así. No era solo esa voluptuosa sensación, había algo más profundo, más agudo, más urgente. Algo que le hacía sentir que ese momento lo estaba cambiando para siempre. Althea era diferente. Ella era todo. Borró de su memoria a cualquier otra mujer de su pasado.

Ella era su presente, su futuro… y la eternidad.

—James… Oh…

—Althea…

Con la última gota de voluntad, James abandonó la boca de Althea y la abrazó fuerte para aplacar su volcánico deseo. Althea no se quedó atrás, no lo soltaba, estaba perdida escuchando los latidos del sólido pecho de su prometido.

—Casémonos —dijo James.

Él no podía esperar más. Si bien sabía que faltaba poco para empezar a vivir su vida junto a Althea, percibía que todo bailaba en la cuerda floja. Su madre estaba empecinada en separarlos y ya había demostrado de lo que era capaz. Confiaba en Althea, pero no podía dejar nada al azar. La amaba, la necesitaba, era parte de él, y no estaba dispuesto a perderla por la caprichosa actitud de su madre.

Althea lo miró por largos segundos, dilucidando si hablaba en serio. Rio y dijo, práctica:

—Pero si nos casaremos en cuanto se den las amonestaciones.

—No, tiene que ser esta semana… Necesito que seas mi esposa pronto.

—No me digas que quieres adelantar la boda solo por este beso… maravilloso, por cierto. Esto no deshonrará mi virtud, tan ingenua no soy.

—No, lo sé, querida, pero me faltó poco para hacerlo. — Althea abrió mucho sus ojos, y cayó en la cuenta de que ella no se habría resistido. James hizo una pausa y con su voz cargada de emoción, repuso—: Pero no es solo eso, quiero tenerte en mi casa, en mi cama, compartiendo nuestra vida, enfrentando el mundo juntos. Necesito que lo nuestro sea oficial lo antes posible… Ni siquiera deseo imaginar lo interminable que va a resultar la espera…

Althea se dio cuenta de que también anhelaba lo mismo. Era como si no quisiera pasar más tiempo separada de James. En tan pocos días se había vuelto la persona más importante de su vida, el hombre con el cual pasaría el resto de sus días.

—Oh, James… Entonces hagámoslo.

James le dio un beso corto, pero colmado de ilusión.

—Gracias, mi lady Pequeña… Sin embargo, también, hay otro motivo igual de poderoso para adelantar la boda; temo que mi madre haga algo estúpido. No le importó hacer un escándalo en pleno Hyde Park… y ella odia con su vida los escándalos.

—Tienes razón. Yo no la conozco tanto como tú, pero con lo poco que vi hoy también creo que es capaz de todo. Solo publicaron la fecha en el Susurros, pero para ella es obvio en qué iglesia será.

—Hablaré con tu madre, cambiaremos la fecha y el lugar. Ya te avisaré.

—Está bien, querido… Confío en ti.

Si hacía unas semanas le hubieran dicho a Althea que encontraría todo lo que siempre quiso en un matrimonio, jamás lo habría creído. Pero ahora, al mirar a James, sintió que tenía todo lo que siempre había soñado... y más.

Mucho, mucho más.



# Nueve

## «Trece monedas de plata y una boda»

Susurros de Elite, martes 16 de abril de 1816.

Hay dos cosas que aceleran aún más un matrimonio:

un espectáculo en Hyde Park y una pareja enamorada.

Y todo indica que, en este caso, fue la primera

opción. Una de las ofensivas comparaciones que hacían sobre el aspecto de lady A, era que parecía una vieja y vulgar vendedora de manzanas. Sin embargo, quien parecía serlo fue la condesa de W, en una acalorada discusión con su hijo y su futura nuera en pleno parque.

Fue una gran puesta en escena, declaraciones

apasionadas, defensas colmadas de convicción, acusaciones infundadas, rostros ruborizados, ojos desorbitados…

A raíz de este escandaloso hecho, mis fuentes me

informaron que, mientras usted, querido lector, lee estas líneas, la pareja va rumbo a Gretna Green, y no precisamente a ver los imponentes paisajes escoceses.

«Honrarás a tu padre y a tu madre», dicta uno de los

Diez Mandamientos. Creo que cuando los redactaron, no consideraron a las madres que están a punto de ser una paciente más en Bedlam.

¿Lord Pirata le hará honor a su alias y logrará casarse

con la damisela que ha raptado? ¿Lady W recuperará la cordura?

¿Habrá un «felices para siempre»?

Julia escupió su té matutino sin poder creer lo que sus ojos leían.

—¡Livingstone! —llamó al mayordomo, quien apareció en un santiamén en el comedor. Julia preguntó—: ¿Ha visto a mi hijo hoy?

Livingstone parpadeó, como si recién en ese momento se hubiera dado cuenta de la ausencia del conde.

—Me temo que no lo veo desde ayer, cuando partió al Parlamento en su carruaje —respondió

y murmuró para sí mismo—. Con razón su ayuda de cámara se levantó más tarde de lo habitual.

Julia se puso de pie y ordenó:

—¡Que preparen el carruaje ligero ahora! —Miró el infame pasquín salpicado de té—. Te has pasado de la raya, James.

Soltó un resoplido. Temía no llegar a tiempo.

*****

—Muy amados… —El sacerdote, solemne, inició la ceremonia—… Estamos aquí, reunidos ante los ojos de Dios y ante esta congregación, para unir a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio…

James y Althea no sabían si su plan iba a funcionar. Se miraron y sonrieron. Faltaba muy poco, habían llegado justo al mediodía para poder casarse en la iglesia Saint Andrew Holborn, ubicada cerca de la casa de la novia. No lo iban a hacer frente a un herrero de Escocia, era demasiado obvio.

A James le pareció que trasgredir todas las normas por estar con una mujer como Althea, valía la pena. Por eso mismo, fue la fuente del Susurros de Elite para despistar a Julia.

Desde que Althea le exigió cumplir con su palabra, comprendió que no valían de nada las amenazas y promesas si no se tenía el valor de cumplirlas. Aprendió a honrar cada palabra con una acción, y eso le hacía sentir que nunca había estado tan preparado para casarse como en ese momento. Miró a su prometida, ¡cómo la adoraba! No se había dado cuenta de que ambicionaba tan poco de un matrimonio, a pesar de que tuvo un gran ejemplo de éxito y equilibrio por parte de sus padres. Fue un idiota hasta que esa pequeña impertinente apareció en su vida.

Althea también había cambiado. Fue un error haber aceptado lo mínimo, y dejarse presionar por todos, incluyendo su madre. Se preguntó qué hubiera pasado si nunca hubiera conocido a James. Quizás no habría aprendido tanto de sí misma. En ese momento, estaba segura de que, si se quedaba sola en el mundo, tendría la fuerza para ponerse de pie las veces que fueran necesarias. No era débil, no tenía que aceptar su suerte con sumisión. No eran palabras de vano aliento las que se repetía una y otra vez; tenía una mente aguda, tenía un espíritu indomable, podía torcerle la mano al destino… Solo James le había permitido ser ella misma y descubrir su propia fuerza, a no resignarse a caer en el horrible futuro que su madre le imponía, presa de la desesperación.

No la culpaba, Abigail no sabía otra cosa, era la vida que conocía.

—Por lo tanto —prosiguió el sacerdote—, si alguno puede mostrar alguna causa justa, por la cual no pueden unirse lícitamente, que hable ahora o, de lo contrario, que calle para siempre.

Silencio.

El sacerdote miró alrededor de la estancia y dijo:

—Requiero y exhorto a ambos…

Las puertas de la iglesia se abrieron.

—¡Detengan esa boda!

James y Althea cerraron sus ojos, y sus expresiones eran una mezcla de derrota y hartazgo. Julia era una intransigente muy astuta. Se había dado cuenta —mucho antes de lo esperado— de que la pareja no se movió de Londres, y que se iban a casar con una licencia común. James conjeturó que Julia habría constatado la verdad al preguntar en las posadas que estaban a la salida de Londres. Les falló el cálculo por veinte minutos.

Ambos dieron media vuelta. Julia se acercaba a ellos con su cabello desarreglado, el Susurros de Elite en una de sus manos y una expresión exhausta. Miró a Althea de arriba abajo, luego a James.

Arrojó el infame papel al suelo. Había leído suficientes mentiras en ese pasquín como para saber que, cuando algo parecía demasiado escandaloso, probablemente era una distracción. James debió haberlo planeado, el muy astuto. Pero él no iba a decir la última palabra.

Con cada paso que daba hacia la pareja, Julia sintió que el corazón aporreaba su pecho. Casi se perdió la boda. Ella no podía negar que esta muchacha, tan testaruda y vivaz, tal vez fuera precisamente lo que James necesitaba. No obstante, no iba a ceder sin asegurarse de que ambos comprendieran lo que significaba ese compromiso. A lo largo de los años, aprendió que el matrimonio no se trataba solo de amor, sino de sacrificio, de lucha… y también de compañerismo. Quizás, solo quizás, estaba empezando a convencerse…

Ahí estaban James y Althea. La desafiaron, pasaron por sobre ella, e hicieron todo a su alcance para lograr su objetivo…

Sí, estaban a la altura.

Cuando llegó hasta ellos los señaló con el índice y dijo:

—Ustedes dos son un par de zorros astutos. ¡Son tal para cual! —Althea jadeó cuando Julia se quitó el anillo de su dedo anular y se lo entregó a su hijo—. No vas a usar otro anillo con tu esposa, idiota. —Miró a Althea e hizo una reverencia—. Este es el que debe usar tu condesa.

James abrió la boca. Su rostro se calentó, bullendo de indignación, al darse cuenta de la verdad que se presentaba ante él.

—¿Todo esto fue una maldita prueba, madre?

El sacerdote carraspeó fuerte, amonestándolo por maldecir en la casa del Señor. A James le importó un comino. Julia tenía la misma sonrisa que una niña traviesa y dijo:

—Al principio sí… —Esculcó su ridículo y sacó trece monedas de plata—. Tu sangre española exige tradiciones y hacer las cosas con algo de dramatismo, James. Las arras

matrimoniales son indispensables. Así que más te vale honrar tu legado. Abre tu mano. —James, por inercia, obedeció. Su madre depositó en su palma doce monedas de plata—. Aquí tienes, ya sabes qué hacer.

—Esto es inaudito, madre. —Se guardó las monedas en el bolsillo interno de su levita—. Por tu culpa no hemos podido hacer una boda como es debido.

—Una boda es una boda, y esta será perfecta… Admito que se me pasó un poco la mano. Quería asegurarme de que entendieran que un matrimonio no solo es conveniencia. La conveniencia no dura toda la vida, el dinero va y viene. Pero el amor, la lealtad y la amistad, sí.

Althea estaba boquiabierta, mas no por mucho tiempo. ¡La madre de Wexford la aceptaba! Oh, eso le iba a facilitar tanto las cosas, ya se imaginaba la mesa del desayuno como un campo de batalla, cada uno lanzando ataques desde su trinchera. Le dedicó una severa mirada y sentenció con un dejo de desconfianza:

—Espero que sea la última vez que usted intenta hacer las cosas a su modo, milady. Todavía no me ha visto enfadada.

James apretó los labios para no reír. Los insultos educados de Althea podían ser tan ofensivos como los de un marinero.

Julia hizo un ademán despreocupado y aseguró:

—Oh, por supuesto, querida, es la última vez que intervendré entre ustedes. Usted será la condesa y la señora de la casa. Es más que digna para el título. Yo me dedicaré a malcriar nietos cuando sea el momento.

Y sin más, se sentó a lado de Mimi y Abigail, las cuales apenas podían boquear, era como ver a un par de peces fuera del agua. No obstante, Julia, como buena reina del drama, masculló con un tono de resignación y fastidio:

—Y gracias a estos dos, tendré que soportar que me retraten como una madre lunática en el próximo número del Susurros de Elite…

Mimi no se abstuvo de replicarle:

—Digamos que hizo todo el esfuerzo para aparecer en el pasquín, milady. Tiene suerte de que su hijo no la mandara a Bedlam.

Julia miró a la nonagenaria con sus ojos entrecerrados y repuso:

—Já. Todavía no nace el ser humano con ese poder.

Mimi le dio una palmadita en la mano.

—Sus nietos la tendrán comiendo de la palma de su mano.

Julia reprimió una sonrisa bobalicona. Su imaginación voló y se vio rodeada de pequeñas

versiones de su hijo y su nuera. Apretó los labios solo para no darle en el gusto a la baronesa.

James y Althea resoplaron sin poder creer lo que había pasado. Dieron media vuelta y se encontraron con el sacerdote, impactado; sus cejas estaban tan alzadas que les faltaba poco para llegar al cielo.

—Continuemos con la ceremonia —pidió James.

El religioso parpadeó, su mente no reaccionaba… Althea terció:

—Iba en la parte «Requiero y exhorto a ambos». —Hizo un gesto para que continuara.

—Oh, sí…

Para James y Althea la ceremonia se volvió eterna, pensaron que tras haber sido declarados marido y mujer todo terminaría. No contaban con que recitarían el Salmo 128 y el 67.

Cuando terminó la ceremonia, James consideró que era el momento propicio para hacer esa boda especial, y le dijo al paciente hombre de Dios:

—Disculpe… Antes de terminar, debo hacer la tradición de los Domínguez. —Le sonrió a Althea—. Ya sabes, la parte materna.

El sacerdote jamás había oficiado una ceremonia tan caótica. Resopló, hastiado, y conminó a James con un ademán para que hiciera lo que tuviera que hacer y terminara de una vez por todas.

James le sonrió, sacó las monedas de plata e improvisó la ceremonia de los Domínguez.

Con sus manos extendidas se las ofreció a Althea y dijo en español:

— Recibe estas arras como prenda de la bendición de Dios y signo de los bienes que vamos a compartir.

Althea sin entender lo que su casi esposo decía, hizo lo que le dictaba el sentido común, y dijo…

—¿Gracias, querido? —No comprendía lo que James decía en ese español tan fluido y encantador, pero podía sentir la solemnidad del momento. Sus manos temblaron mientras recibía las monedas, no deseaba arruinar esa parte tan importante de la ceremonia con su falta de conocimiento.

James reprimió una sonrisa. Su pequeña y valiente Althea parecía perdida, pero demostraba esa seguridad en sí misma como siempre. Y, por Dios, no podría estar más orgulloso de ella. La adoraba.

Julia carraspeó, Althea la miró. Señaló las monedas y murmuró en español:

— Yo las recibo.

Althea asintió y repitió las palabras lo mejor que pudo.

James sonrió, enamorándose un poco más de Althea. Miró al sacerdote y dijo:

—Por favor, terminemos con esto.

El hombre se refregó la cara, desordenando su cabello en el proceso, perdiendo todo lo que le quedaba de paciencia.

—¡Por el amor de Dios y todo lo sagrado! En mis treinta años jamás ha sucedido algo tan inaudito, son capaces de agotar hasta la infinita paciencia del Señor. —Se guardó toda la ristra de amonestaciones que todavía tenía guardadas, pero alargaría esa ceremonia más todavía. Inspiró y añadió, firme—: Es momento de acabar con esto de una vez. Esta iglesia no está acostumbrada a tanta emoción y caos en un día. Los invito a firmar el registro…

Pocos minutos después, todos suspiraron con alivio, cuando James y Althea firmaron el acta como los esposos, y Mimi y Abigail como las testigos del enlace.

Incluso cuando firmaba, Abigail aún no sabía si debía sentirse mortificada o aliviada. Su hija acababa de casarse, mas, como siempre, había conseguido hacerlo de una manera absolutamente escandalosa e inapropiada. Ya no le quedaba más que hacer que orar a Dios todos los días para que ese matrimonio fuera feliz.

Mimi, por su parte, parecía disfrutarlo todo, nadie le borraba esa sonrisa de oreja a oreja. Jamás en sus noventa años —y eso era mucho decir— había asistido a una boda que parecía más una obra de teatro que una ceremonia religiosa.

Siempre hay una primera vez, bien lo sabía ella.

Cuando la tinta todavía estaba fresca, Althea miró al sacerdote y preguntó:

—¿Ya está? ¿Estamos casados? —El sacerdote asintió—. ¡Por fin!

En ese instante, Althea sintió que todos los miedos que había tenido se desvanecían. James estaba allí, firme y sólido. Por primera vez en su vida, el futuro no le parecía aterrador, sino emocionante y colmado de maravillosas expectativas.

Lo siguiente que ella sintió fueron los brazos de James rodeándola y esa masculina boca besándola sin pudor. El rostro de Althea enrojeció, no de vergüenza por el beso, sino por la anticipación de lo que se vendría para su noche de bodas.



# Diez

## «Cuando dos se vuelven uno»

Althea se encontraba sentada a la orilla de la gran cama. Podía percibir su pulso acelerado a flor de piel, recorriéndola de pies a cabeza. Alzó sus ojos cuando su esposo abrió la puerta de la alcoba. Se sentía desnuda, pese a estar vestida con un recatado camisón y un primoroso salto de cama. La seda y la gasa eran ligeras como una pluma y el roce, una caricia.

Cuando sus miradas se encontraron, cada uno se perdió en el color del otro.

James fue consciente de la certeza que sentía, esos ojos verdes serían los que vería hasta el último día de su existencia. Adoraba a su esposa, como nunca imaginó que lo haría. Siempre pensó que no estaba destinado a eso que sus padres vivieron, una unión sólida, indestructible y colmada de amor. En el mundo que lo rodeaba, aquello era una rareza. Sin embargo, ahora con Althea, saber que había encontrado lo mismo le hizo sentir afortunado y dichoso.

Althea esbozó una sonrisa. Los latidos se dispararon, el corazón casi vibraba dentro de su pecho. La intensidad de la mirada de James le confirmaba que su matrimonio tan singular estaba destinado a ser. Él era el único hombre en el mundo capaz de ver más allá de todo, de apreciar cómo era ella, sin obligarla a pretender ser otra persona. La amaba sin querer cambiar su forma de ser, y ella lo amaba del mismo modo, porque también veía más allá de ese hombre con aspecto de pirata y carácter de canalla.

Con naturalidad, James se quitó la levita, el pañuelo y el chaleco. Para Althea verlo solo con pantalón y camisa le hizo desear tocar la morena piel de su esposo. Pese a su imponente altura, no le causaba temor. En la mirada oscura, había tanta o más incertidumbre por lo que iba a suceder. James se sentó a su lado y le tomó la mano.

—Althea… ¿sabes qué es lo que va a ocurrir entre nosotros? ¿Tu madre te habló al respecto?

—Sí —respondió, su voz sonaba trémula, mas no débil—.

Bueno, solo balbuceó y no le hubiera entendido nada, de no haber pasado los veranos en las tierras de mi padre… Ahí, los animales hacen… Eso.

Una risita grave reverberó en la alcoba. No era de burla, sino de diversión. Al menos su esposa conocía la mecánica, pero el acto de amar era mucho más que eso, y él, pese a tener experiencia, también se sentía como un novato, y replicó:

—En los seres humanos es un tanto diferente.

—También lo sé. —Su rostro ardió—. Un día encontré varios libros en la biblioteca de tía Mimi… fue… ilustrativo.

Las cejas de James se alzaron formando surcos en su frente. Esa confesión le asombraba, pero también la ficción era diferente a la realidad. Acarició con su pulgar la mano de su esposa y dijo:

—Oh… entiendo… ¿No te dio asco leerlo? —Althea negó—. ¿Sentiste unas cosquillas extrañas? —Ella asintió—. ¿Te asusta?

—Un poco. Sé que dolerá la primera vez.

James cerró los ojos y suspiró. Eso era lo que más temía, no quería causarle dolor a su esposa y que su primera vez fuera algo traumático. Que después lo odiara y no lo deseara nunca más. Que lo aceptara solo por deber.

Althea, ante el silencio de su esposo, agregó:

—Mi madre me dijo que me tenía que quedar quieta y que dejara que lo hicieras todo. Así sería más fácil.

James puso los ojos en blanco. Qué terrible consejo. Sin embargo, lo entendía; los padres de Althea eran el típico matrimonio por conveniencia. No se podía esperar más de ellos.

Acarició el rostro de Althea y repuso:

—Prefiero que olvides el consejo de tu madre… Althea, solo te puedo prometer que haré lo posible para que disfrutes estar conmigo en la intimidad. Aunque todo el mundo diga que es tu deber, tienes voz y voluntad, y si no quieres hacer el amor en algún momento, lo entenderé. Lo único que te voy a pedir esta noche es que no temas, todo lo que hagamos en nuestra habitación está permitido. Somos libres, aquí no existe Dios, nuestras madres, o cualquiera que pretenda inmiscuirse. Seremos tú y yo para ser uno.

—Oh, James…

Á

—Déjame amarte como te lo mereces… Ámame. Puedes hacer conmigo todo lo que quieras, todo, todo, mi Althea.

Ella enmarcó el rostro de James, y él la besó con ternura.

Suave, lento, inexorable. Así fue aumentando la intensidad, la profundidad y el calor. Pronto sus lenguas se entrelazaron y saborearon la pasión del otro. Se encendió ese carnal fuego que los iba a consumir y fundir.

James la tentó regando besos en el cuello, acariciando y apretando el curvilíneo cuerpo sobre la seda, deshaciendo los lazos de la bata y el camisón con maestría. Althea no tuvo un rol pasivo, con sus dedos tanteaba la cinturilla del pantalón para liberar la camisa. Él le facilitó la tarea y se la quitó.

—Qué suave eres, James. —Althea probó la piel desperdigando besos sobre el pecho

masculino. Se atrevió a lamer justo ahí, en el diminuto pezón que se irguió ante el febril contacto.

James siseó de gusto. Se dejó explorar por esa mujer que no paraba de crecer ante él. La inocente osadía de Althea la animaba a recorrerlo entero; apretó los duros bíceps, arrastró sus manos por la espalda y se atrevió a desabotonar el pantalón. Esa inquieta mano indagadora empuñó su virilidad con curiosidad.

James la dejó jugar con su sedosa y pétrea longitud, que apreciara su tamaño y pesadez, porque pronto iba a invadirla. Le enseñó a cómo estimularlo, qué tanto apretar, la velocidad, e incluso le insinuó que podría hacer mucho más si usaba la boca.

Y mientras su esposa lo excitaba, la mano de James descendió por la geografía femenina hasta llegar a los torneados muslos, y ella abrió las piernas. Sin renuencia, lo dejó indagar en su feminidad. Los hábiles dedos de James se abrieron paso entre los rizos húmedos y los tersos pliegues, hasta hallar la estrecha y cálida entrada.

Althea jadeó cuando sintió que el dedo de James penetraba en su interior con gentileza y premeditada lentitud. Ella no sabía qué hacer y temía equivocarse, sentía la urgente necesidad de moverse, de buscar algo poderoso y primitivo. La única certeza que tenía era que quería más de lo que él le daba.

James percibió que su esposa se quedó quieta, incluso dejó de estimularlo y, preocupado, preguntó:

—¿Te hago daño, mi dulce Althea?

—No… solo es extraño… No sé qué más hacer, ¿y si lo arruino?

—Jamás podrás arruinar lo que ya es perfecto. Ya te dije, haz lo que quieras conmigo, sigue tu instinto.

—¿Me puedo mover?

—Tanto como quieras, de la forma que quieras, úsame para descubrir tu propio placer. —James retiró su dedo. Althea jadeó y sintió que su carne se incendiaba ante el abandono. Alzó sus caderas, clamando por esa íntima caricia, ansiaba ser llenada de nuevo.

James volvió a penetrarla y ella siguió acariciando el rígido miembro, mas su esposo no se lo permitió por mucho tiempo. Todo acabaría demasiado rápido si Althea seguía con ese erótico juego. La instó a acostarse para seguir adorándola y conservar lo poco que le quedaba de autocontrol.

Con cada roce, Althea se acostumbraba más y más al voluptuoso toque de su esposo. Su cuerpo se retorcía buscando algo desconocido, que parecía pecaminoso y prohibido, pero a la vez, colmado de gozo.

James sintió cómo el cuerpo de Althea respondía a su estímulo. Los movimientos de su esposa

se tornaron más fluidos y su respiración, entrecortada. Siguió su instinto, sus labios descendieron por ese cuerpo, dejando un rastro de besos hasta llegar al húmedo epicentro del deseo.

Envuelta en ese denso furor, no advirtió que la boca de James ya estaba entre sus piernas. Cuando la lengua lamió ese punto tan sensible, ella lanzó un delicioso y decadente gemido. Él no necesitó nada más para saber que estaba haciendo lo correcto. Althea jadeó, gustosa, al sentir cómo su esposo saboreaba su néctar con hambre, tentando ese diminuto nudo en la cúspide de su feminidad. La tenía al borde de algo inmenso. Cada pérfido bocado que James tomaba de ella, le propinaba ramalazos de placer y ansiedad. El lánguido dedo entraba, salía y acariciaba. Más adentro, más profundo.

Fue demasiado. Althea enterró sus talones al colchón e impulsó sus caderas para moverse con vigor. El instinto fue más poderoso que la razón y, desesperada, fue al encuentro de esa desconocida sensación que la rebalsaba.

Y de pronto, sintió esa chispa que iluminó su camino. Determinada a no dejar ir esa luz, la siguió. Apretaba su interior intentando retenerla, y aquella sensación se intensificaba. No tardó en hallar el ritmo perfecto, la presión milagrosa. Y, sin más, su mente se vació de todo pensamiento, y se vio en medio de una hoguera que calcinó todos su ser.

Gritó el nombre de su esposo y se aferró a él cuando una ardiente oleada se precipitó sobre ella, despedazándola, hundiéndola en un placer jamás conocido. En un instante se volvió adicta al íntimo, eterno y fugaz gozo, que le hizo pensar que moriría, pero ahí estaba, respirando, colmada de vida.

Y cuando el placer remitió, solo deseó que James entrara en ella, para que disfrutara de los vestigios del húmedo dulzor.

Apenas pudo susurrar:

—Únete a mí, vida mía. Reclama a tu esposa.

James no dejó pasar ni un segundo más. Su alma se encontraba pletórica de felicidad por haber logrado que Althea disfrutara. Adoró ver esa tersa piel teñida de deleite. Aprovechando el dulce sopor de su esposa, se arrodilló entre las femeninas piernas y tanteó con su longitud la cálida entrada.

El corazón de James retumbaba como cien caballos galopando mientras la miraba, buscando cualquier rastro de duda o miedo en los ojos de ella. Pero en el verde cristalino solo había confianza. Reverente, besó la frente perlada de sudor de Althea, decidido a hacerla sentir todo lo que le había prometido

Paciente, milímetro a milímetro, él entraba y sentía cómo el acuoso interior le daba la bienvenida. Ella se entregó a la invasión, conteniendo el aliento. Gracias al placer que la relajó, les facilitó a ambos esa primera intrusión.

Althea no sintió dolor. Al menos, no uno que fuera terrible. Esa leve punzada se diluía en la extraña sensación de estar unidos. James se quedó quieto, dejando que su esposa se habituara a

él. Entretanto, ella se solazó con el viril aroma a bergamota y menta; el peso de su esposo, presionándola con gentileza; y esa grave voz, preñada de pasión.

—¿Estás lista, lady Gigante? —preguntó James con su última pizca de razón. —Ella asintió y le sonrió—. Después te daré más placer… Ahora… será breve, me has matado antes de tiempo con tus maravillosas caricias.

Las primeras embestidas fueron calmas y lánguidas, precisas para aplazar el culmen. Pero fue inútil. Su esposa comenzó a seguirlo, a encontrarse con él, a apresarlo en su interior. El erótico ritmo del vaivén se aceleró. Sus estocadas fueron más contundentes y voluptuosas. Perdió la cabeza cuando sintió las manos de Althea apretando sus nalgas, imponiéndole un compás castigador.

La alcoba se llenó de respiraciones agitadas, del susurro de sus pieles rozándose, del rítmico crujir de la cama. El aroma de su unión invadía sus sentidos y los impelía a sumergirse en ese ancestral ritual de los amantes. La luz de las velas parpadeaba al ritmo de ellos, proyectando eróticas sombras danzantes sobre las paredes. La brisa fresca que se colaba por la ventana hacía que la piel de Althea se erizara, mezclándose con el calor que James le brindaba con cada caricia.

Él no tardó en alcanzar el umbral del cielo, mas no fue capaz de prolongar la espera. Althea era una amante exigente pero generosa, le hacía sentir que ese menudo cuerpo era capaz de envolverlo por completo; la presencia de ella la percibía en cada fibra de su ser.

Y no pudo más. Se dejó llevar para zambullirse en la dorada gloria.

Se derramó y se entregó mientras Althea lo bañaba de un acuoso calor. Voló directo a las alturas del infinito placer, y de un tirón, descendió a los brazos de esa pequeña mujer, que no hacía más que crecer.

Althea siempre estaba a la altura… y lo superaba.

Con la respiración agitada, buscó los ojos de su mujer, y cuando los halló, se bebió el cristalino verde que ribeteaba sus pupilas dilatadas.

Se dio cuenta de que amaba más a su esposa.

—Debí haberme casado contigo la primera vez que te lo propuse —susurró James—. Haré lo posible por no llenarte de niños.

—Muy amable, lord Gigante. Siempre eres considerado conmigo… Te adoro.

—No más que yo… Te adoro más el infinito.

Althea no podía estar más de acuerdo. Si se adoraban con la misma intensidad, no iban a salir nunca de esa alcoba, y había un condado que dirigir… y futuros hijos que criar.

Sí, ella lo amaría por el resto de su vida, porque con James, el mundo parecía más grande… y, al mismo tiempo, solo cabía entre sus brazos.



## Epílogo

«¿El último susurro?»

Susurros de Elite, martes 14 de mayo de 1816.

Al fin la pareja del año se dejó ver en Hyde Park

mostrando sendas sonrisas. Los condes de W estuvieron encerrados durante un mes en la lujosa residencia de SH. Y, como era de esperarse, no contaron con la dramática presencia de la condesa viuda. Ella, ostentando un inusual sentido común, se retiró a la casa solariega de la familia para no importunar a los recién casados.

Según mis fuentes, la feliz pareja con suerte salía de

la alcoba para comer. Y por supuesto, así debe ser, las mieles del matrimonio son suficiente alimento para los esposos enamorados.

En este prestigioso magazine, le deseamos a la nueva

condesa de W que disfrute por toda la eternidad a su canalla que huele bien, que sabe administrar su dinero y que no la llenará de niños. En lo personal, la envidio, me inclino por el estilo pirata y sé, de buena fuente, que las cualidades del esposo del año son insuperables.

Pasando a otro tema, lord D anda tras una nueva

víctima, una solterona, que según dicen padece de una extraña enfermedad que le impide sentir olores. Sin embargo, el marqués está empecinado en no arruinar sus posibilidades, y se le ha visto en la botica comprando dentífrico y masticando hojas de menta. ¡Al fin algo de consideración!

Pero todos sabemos que no será suficiente. Hay

defectos que no se pueden ocultar con el aseo personal.

—Pero ¡¿cómo se enteran de esto?! —prorrumpió Althea mientras desayunaba en la cama con James—. Estoy segura de que solo tú estabas espiando esa noche.

La luz de la mañana entraba a raudales por las ventanas, bañando la alcoba con un suave resplandor dorado. Las motitas de polvo danzaban, perezosas, con su errático y lánguido compás. El aroma del té y las tostadas recién hechas flotaba en el aire, mezclándose con la fragancia de bergamota que James siempre traía consigo.

Ante el tono alterado de Althea, James rio, pero en sus ojos había un brillo de preocupación. Carraspeó y dijo:

—Sí, yo también recuerdo que esa noche solo yo estaba espiando, lady Gigante.

—¿Cómo pueden saber algo que pasó hace dos me…? —Althea no terminó su oración. Su mente trabajó a la velocidad del rayo, atando cabos, buscando respuestas, elucubrando otras. ¿Será posible? Miró a su esposo. Él la observaba con cautela. Ahogó un grito que mezclaba la indignación y la sorpresa, para luego susurrar, impactada—: Tú… —Inspiró hondo y exclamó—:

¡¡Tú!!

James alzó sus manos, en un gesto de rendición. Se arrodilló ante su esposa, su voz llevaba un matiz más grave al decir:

—No soy la fuente… —Con creciente temor, entrecerró sus ojos. Estaba dispuesto a recibir el impacto de la ira de Althea y añadió—: Soy el dueño de la editorial y también el escritor… Y pago muy bien si el chisme es escandaloso y con pruebas. Sé que esto podría enfadarte, querida… Y no te culparía si lo haces. Pero ya no podía ocultártelo. Quería que supieras todo de mí, incluso las partes menos… honorables.

Tras boquear unos instantes, en los que Althea armaba el rompecabezas en su mente, y entendía por qué el secretario de James andaba corriendo todo el día, logró balbucear:

—¿Por qué? ¿Cómo?

James, sin dejar de mirarla a los ojos, confesó:

—Primero empezó como una especie de venganza por cómo mis pares me trataban y excluían. Exponer sus secretos y demostrar que eran tan imperfectos como yo me dio una gran satisfacción. Después se transformó en una lucrativa diversión. Si supieras cuánto dinero gano a la semana, te sorprenderías. Terminé comprando todo el negocio, así me evito problemas. No tienes idea de la cantidad de personas que intentan descubrir quién es la dama que escribe esos cotilleos.

El dicho que reza «Nunca se deja de conocer a las personas», jamás tuvo tanto sentido para Althea. Una parte de ella hervía de indignación; ¿cómo pudo haberle ocultado algo así? Pero la otra… Ah, no podía evitar sentir una chispa de admiración por el genio astuto que era su esposo. Resopló, debatiéndose entre el enfado y la diversión. Era tan típico de James… y, maldita sea, tan fascinante.

La mente de lord Wexford era privilegiada, transformó su sed

de venganza en algo productivo. Ojalá se le hubiera ocurrido a ella… Aunque, pensándolo bien, habría sido casi imposible; no tenía los mismos recursos económicos de James, como lo era un capital inicial. En ese mes aprendió que los negocios y el dinero no surgen de la nada.

Resopló otra vez. Debía admitir que James era un hombre más que extraordinario.

—Escribías tanto sobre mí… Aunque también sobre ti mismo, lord Pirata… Entonces, cuando nos conocimos y me dijiste que no conocías el Susurros porque estuviste en Bilbao, ¿cómo lo hiciste para publicar estando allá o me mentiste?

—Viajé en verano, en Londres no pasa nada importante. Solo me bastó con que mi secretario me reemplazara por un par de meses… Se esforzó mucho para replicar mi estilo.

—Sí, se justificó que se sentía mal y apenas podía escribir… pero qué astuto… —Althea no sabía si sentirse ofendida o halagada. Demasiadas emociones contradictorias bregaban en su

interior, luchando por imponerse. Su rostro enrojeció.

Antes de que Althea empezara a propinarle una severa reprimenda con insultos náuticos, James añadió:

—En mi defensa diré que no sabía lo mucho que te iba a amar. Ni siquiera yo entendía por qué me fijaba tanto en ti… No te enojes lady Gigante, por eso te lo estoy contando. Todo este tiempo he estado haciendo los arreglos para poder revelarte mi más grande secreto… Por eso mismo, te prometo que nunca más escribiré. Este fue mi último susurro.

Althea lo miró en silencio por un largo instante. Recordó cuando James escribía supuestas cartas en su escritorio. ¿Cómo pudo haber pasado por alto algo así? Claro… todo encajaba; las miradas furtivas que a veces le lanzaba, esas risitas ahogadas mientras escribía, esos momentos en que se quedaba un largo rato mirando la nada y luego, febril, la pluma volaba… Pero, aun así, ¡era ridículo! Su esposo, era el autor del pasquín de cotilleos más célebre de Londres. ¿Cómo no lo había descubierto antes?

Bueno, era James después de todo, un zorro muy astuto. Un escritor que poseía una prosa ácida, dramática e irreverente.

El conde de Wexford era el Susurros de Elite.

Y justamente aquella sentencia le hizo comprender que eso era una parte importante de él. Además, debía admitir que la mayoría de las veces, el pasquín decía verdades condimentadas con exageración y dramatismo, en vez de ser mentiras retorcidas, preñadas de ponzoña.

Ese estilo tan particular era típico de la sangre española que corría por sus venas.

Negó con la cabeza y bebió un sorbo de té. Miró de soslayo a James, parecía un cachorrillo asustado, dispuesto a recibir un castigo por una travesura.

Y ella era quien sostenía la vara para aplicar el correctivo.

Tras un tenso lapso, Althea resolvió:

—Si dejas de escribir, no tendré nada que leer los martes. Ni lo sueñes, te prohíbo que renuncies a tu trabajo. Es tu culpa por crear necesidades en mí…

El sonido del aire entrando a los pulmones de James se escuchó tan fuerte que hizo eco en la alcoba. Con un español acelerado, él dijo:

— Ay, Dios santo, me salvé…

Althea entendió la mitad de las palabras de su esposo, mas intuyó el significado por el tono. Que la tildaran de blanda, pero aquello la enterneció. Creía en las justificaciones de su esposo… Tampoco había dejado esa verdad escondida por tanto tiempo. Aquello atenuaba la falta.

Althea se reclinó contra las almohadas, fingiendo una altivez que rivalizaba con la de

cualquier gran dama.

—Muy bien, lord Escritor. Espero leer en la próxima edición del Susurros de Elite una crónica que haga justicia a mi incomparable ingenio y belleza.

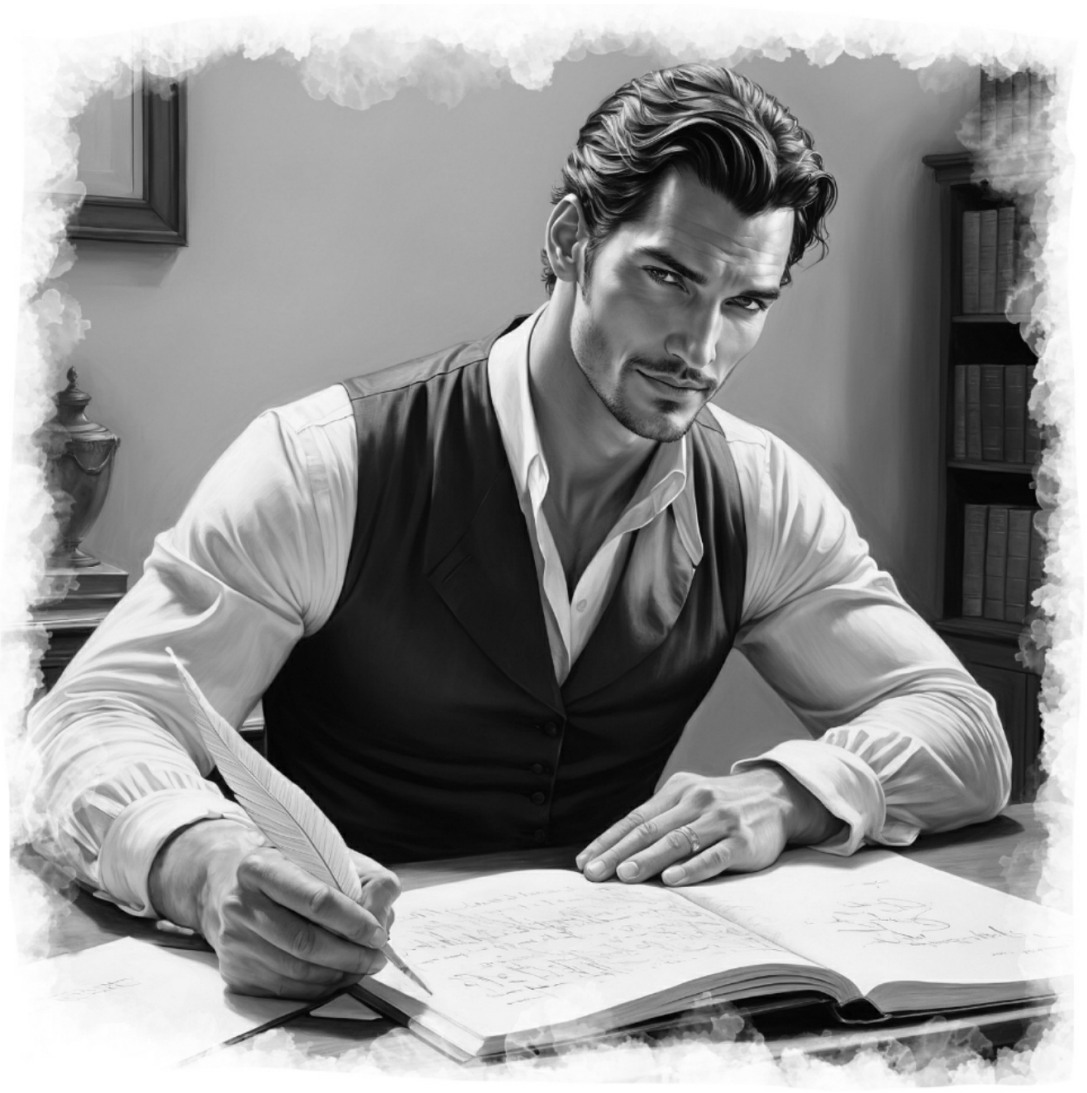
James sonrió, inclinándose para besarle la frente

—Por supuesto, será mi obra maestra, lady Gigante. —prometió James, con una sonrisa ladina—. Pondré mi máximo empeño. Me aseguraré de que todo Londres lea lo que tengo que decir sobre la mujer más fascinante que ha pisado la faz de la Tierra.

—Muy bien. Espero tener la primicia antes de que la publiques para que le dé mi visto bueno. —Ladeó su cabeza y añadió, inquisitiva—: Estás más que claro que me vas a pagar si soy una de tus fuentes, ¿verdad?

James rio.

Por supuesto que le iba a pagar. Lo haría con su amor, con su vida y con todo su ser. Porque si algo tenía claro James, era que su mundo comenzaba y terminaba con Althea.



# Agradecimientos

Gracias por llegar, una vez más, al final de una novela escrita por mí. Si por esas casualidades de la vida, me has leído desde el principio… ¡Felicidades ya llevamos veintisiete finales felices!

Y eso es lo que me gusta de este género, los finales felices.

Esta novela corta es especial. Si has leído la serie Relaciones Escandalosas, al fin sabrás quién está detrás del pasquín que siempre solía contar una verdad exagerada, y daba su toque de humor a las vicisitudes de los protagonistas.

También era evidente la simpatía del Susurros de Elite hacia esas familias, que fueron contra las normas sociales para alcanzar su felicidad.

En fin, solo espero que hayan disfrutado de esta historia sencilla en la que James y Althea unieron sus vidas.

Y como estos son los agradecimientos, esta vez quiero agradecer al staff del grupo El Olimpo Entre Libros, por haberme puesto una pistola en el pecho para participar en su antología de romance histórico. Ahí podrán encontrar esta misma historia en su versión megarreducida. Para publicarla desarrollé un poquito mejor las cosas, no quería extenderme demasiado, la novela ya era adorable tal cual estaba.

Y eso… gracias a las lectoras cero, beta, alfa, omega y todo el abecedario griego, a las de Wattpad y del grupo de Facebook, a los grupos de lectura que me permiten publicar mi spam, a mis revisoras, a mis viejos, a mis hijos, a mi esposo y a mis gatos.

Un abrazo grande, nos vemos en la siguiente entrega.

Se les quiere, gracias por dejarme ser escritora.

Hilda Rojas Correa

# Sobre la autora

Hilda Rojas Correa, es el seudónimo de Pamela Díaz Rivera, nació en julio de 1980, en Santiago de Chile. Es la mayor de tres hermanas, casada, madre de dos hijos, productora multimedia de profesión y se autodenomina como una romántica empedernida.

La primera novela que escribió fue, «Yo, tú, ellos… nosotros» en el año 2013. Sin embargo, no se tomaría en serio el oficio hasta el año 2015.

Desde entonces, ha autopublicado más de veinte novelas de romance contemporáneo, histórico y fantasía mitológica.

Si has disfrutado de esta novela, síguela en las distintas plataformas de compra y redes sociales, comparte su trabajo y regala un comentario.




[1] Hombre serio y erguido en demasía.